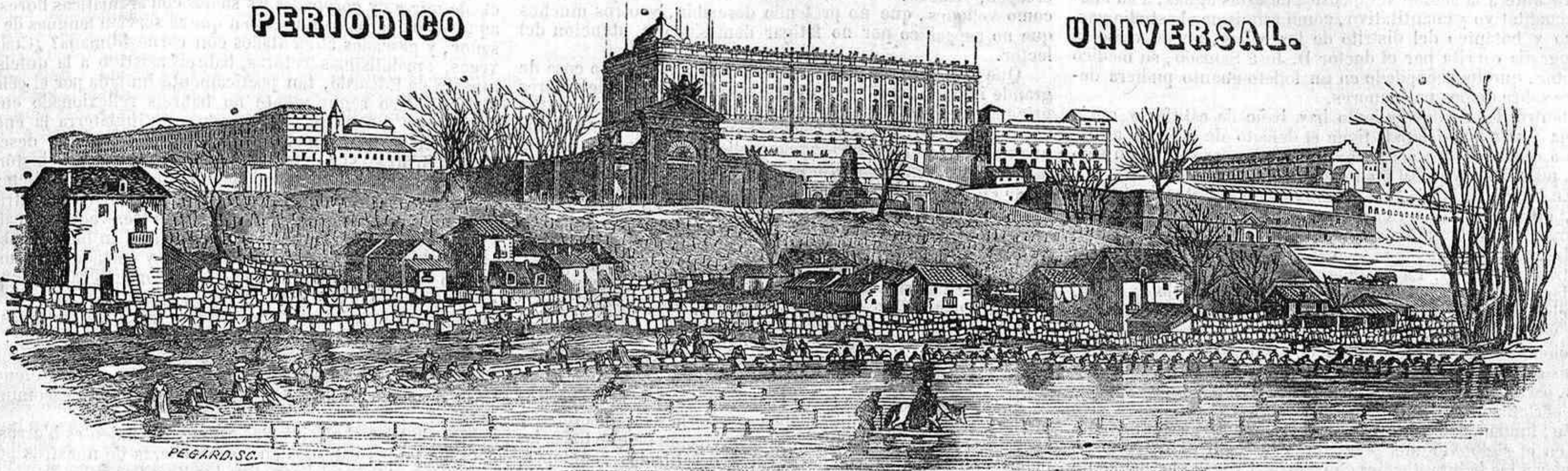


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 33.—SÁBADO 14 DE AGOSTO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

MM. Mandsley y Field no han querido imitar á sus compañeros de la Gran Bretaña, que, según se dice, se empeñaron en renunciar á la exhibición pública de sus máquinas perfeccionadas. Los talleres de aquellos célebres constructores suministran gran número de ellas, de formas muy variadas, y que atestiguan incontestables progresos, pues ninguna de ellas ostenta la figura que estaba en uso hace doce años. Otra casa inglesa, la de Penn y de Son, de Greenwich, espuso dos máquinas pequeñas de mar, de cilindros oscilantes, de los cuales ha construido doscientos pares análogos: también ha producido otra máquina de quinientos caballos. Los últimos adelantos que ha experimentado la fuerza de Arquímedes para reemplazar las ruedas de los buques de vapor, se han sometido asimismo al público con dibujos explicativos, y solo debemos censurar el que no se hubiese seguido el método instructivo de esponer las secciones y los planes de los modelos de máquinas: con dicho método se suple en pocos instantes lo que la vista no ha podido abarcar; y no hay viajero que haya visitado el Conservatorio de Artes de París, que no haya reconocido sus grandes ventajas.

La locomotiva de caminos de hierro, seguida de sus trenes de wagones, brilla en todas sus monstruosas dimensiones, las cuales se aumentan de año en año. MM. Stephenson y Brunel luchan con todas sus fuerzas en la construcción de *elefantes* ó de *mammuts*, al paso que en su nacimiento este corredor de *narices de metal* solo era, comparativamente hablando, un simple *poney*. Lo más original y apreciable para los viajeros consiste en las ruedas de papel mascado, tan duras como las de encina, y que no pueden producir sobre los rails esos choques vibrantes de las ruedas ordinarias fundidas, que tantas incomodidades ocasionan. Estos adelantos solo son un episodio de la admirable aunque peligrosa invención de las locomotivas, y al fin se acabará por fabricar ojos de hierro que, desde lejos, espíran al aldeano dormido sobre la vía férrea, y harán que el tren se detenga por sí mismo, obedeciendo á una presión de filantropía.

Pero prosigamos nuestro exámen y detengámonos delante del coloso de la Exposición, la prensa hidráulica que ha servido para la colocación de los tubos del puente de Britania. Es uno de los más magníficos resultados del genio humano: con un instrumento de igual potencia se podría, hablando sin demasiada hipérbole, renovar la obra de los Titanes y remover las montañas.

Si poseemos una buena vista ó un guía infalible, tal vez conseguiremos descubrir otro testimonio de lo que puede el trabajo, auxiliado por el tiempo y la paciencia, los cuales, si no constituyen el verdadero talento, hacen por lo regular sus veces. Se trata de un arma mortífera, destinada á cierto uso demasiado frecuente por desgracia entre nosotros, á pesar de las severas prescripciones de las leyes en materia de duelo. Pero tranquilizaos, y contentémonos con admirar esa obra maestra. Es una pistola que apenas tiene dos

milímetros de largo, una especie de miniatura, robada sin duda en algún arsenal de Liliput: este instrumento de guerra ha sido fabricado con todas las condiciones del arte, y ni Le-page ni Devisme tendrían nada que censurar en su ejecución. Al lado de este juguete brillaba otro, debido á la industria de los relojeros suizos: era una saboneta dispuesta en el mango de un lapicero y del tamaño de una lenteja. Tenía cuerda para treinta horas, y señalaba los días y los meses; era además muy sólida, y su movimiento sumamente suave y seguro.

Dejemos á un lado el terreno de tan encantadoras invenciones, y pidamos hospitalidad á los Estados-Unidos, á ese magnífico florón que el soplo de las revoluciones ha hecho caer de la corona británica.

No se podrá acusar con justicia á los Estados-Unidos de haberse negado á la exhibición de sus máquinas perfeccionadas, aunque sus remesas en este género han correspondido poco á la fama de que gozan sus ingenieros. Es más natural creer que la industria americana solo debe esa aparente inferioridad, á la imposibilidad material de organizar en tan poco tiempo sus envíos, y acaso también á los inconvenientes que habrá experimentado para privarse, aun momentáneamente, de algunos poderosos motores de la producción.

Pero si el Nuevo Mundo no rivalizaba con el antiguo en esta parte tan interesante de la Exposición, trajo á ella en gran abundancia todas sus riquezas mineralógicas: las antracitas de Pensilvania, las pizarras de Virginia, los mármoles de Vermont, los cobres de Massachussets, el zinc de Nueva-Jersey, los hierros del Ohio y Nueva-York, y los aceros fundidos de la fábrica de Adirondac.

La Exposición americana abundaba también en muestras de sustancias alimenticias. Sus cereales naturales, reducidos á harina ó preparados en galleta, merecen figurar al lado de sus jamones condimentados con azúcar, de sus conservas de viaje para largas expediciones y de sus aceites nutritivos.

Los algodones, manantial fecundo de riqueza para los Es-

tados del Norte, formaban una de las partes más interesantes de la Exposición americana. Las muestras que en ella se vieron podían rivalizar sin temor con las más hermosas de Levante.

Algunas muestras de lana daban á entender que bajo este aspecto va progresando aquel país. Mucho necesita trabajar sin embargo para que sus lanas puedan emplearse ventajosamente en la fabricación de telas escogidas. Su uso debe adaptarse convenientemente á las tapicerías de todas clases, y á los paños burdos con que suele cubrir sus carnes el cultivador yankee.

LAS CALDAS DE PRIORIO.

A legua y media de la ciudad de Oviedo, y cerca de la fábrica de Trubia, hay unos baños termales que bien merecen una mención especial y un ligero recuerdo. Desde Oviedo hay una carretera de ruedas, que se está componiendo por varias partes. Los carruajes en que se hace esta pequeña travesía son dos tartanas á cual peor; si una se vuelca, la otra queda destartada en el camino; si esta tiene malos caballos dirigidos por un muchacho que ni aun para zagal debía servir, aquella no se halla muy distante de estas circunstancias. De suerte que suelen los viajeros preferir andar á pié, sin perjuicio de pagar ocho reales por el transporte, con lo cual se ahorran algunos sustos y percances.

La casa de baños está situada entre montañas en una cañada profunda á las inmediaciones de un riachuelo, y no lejos del río Nalon, que corre por aquella comarca con bastante fondo é ímpetu, sobre todo en el invierno. Allí abundan la verdura, las nieblas, la humedad, la lluvia, y también el calor, aunque en pocos días.

El establecimiento consiste en un semióvalo con dos prolongaciones á sus extremos y en la continuación de su diámetro mayor. Es de un solo piso, en el que se encuentran las habitaciones para los bañistas, y un local que se llama salón, tal vez por antífrasis ó ironía, pues con llamarle sala era bastante. Este salón es además capilla ú oratorio, estrado, gabinete de lectura sin que haya que leer, y es el sitio donde la gente de casa se reúne de noche á tontear ó sea á divertirse jugando á la aduana, que es punto menos tonto que jugar á la lotería casera.

En la planta baja del edificio están los comedores, las cocinas, las pilas de los baños, etc. Estas son ocho; pero todas construidas de mármol, cada una con su retrete. Dos de estas ocho se denominan baños de preferencia, cuya preferencia ó diferencia respecto de los otros, se funda en tener una silla mas, un tocador viejo, mueble bien inútil para quien procura irse á la cama á sudar, y un friso de dos dedos de ancho en el techo. Por estos adornos de gusto se exige dos reales de esceso, ventaja que no es apetecida por los bañistas.

El agua es limpia, incolora, su temperatura en la matriz es de 34° Reaumur y de 32 en el chorro. Por sus principios mine-



Tapiz

realizadores y por sus cualidades están caracterizadas de *acídulo-alcalino-ferruginosas*. Son de gran virtud curativa en las afecciones gotosas reumáticas, del estómago, del pecho, y en otras muchas.

Tocante á la acción terapéutica de estas aguas, á su análisis cualitativo y cuantitativo, como asimismo al estudio geológico y botánico del distrito de los baños, puede verse la Monografía escrita por el doctor D. José Salgado, su médico director, que ha recopilado en un folleto cuanto pudiera dearse sobre dichos pormenores.

Dentro del establecimiento hay baño de estufa; y en la matriz y solo provisional, tiene el defecto de esponer al bañista á caerse en el agua si le acomete por casualidad un vértigo, pues no hay pretil ó antepecho que lo impida.

En las cercanías de las Caldas existen los restos de un castillo, cuya figura es un cuadrilátero de ciento cuarenta piés de largo y de ochenta de ancho. Tiene dos torres medio destruidas: una de ellas no es sino el frente; presenta vestigios de otras dos torres. La entrada principal es por el Nordeste, por donde es de fácil acceso; por otros puntos no lo es tanto, especialmente por el Sur, pues se eleva la muralla sobre una roca vertical, las paredes son de mampostería, y la construcción de esta fábrica es semejante á la de otras, cuyas ruinas se conservan en las provincias septentrionales de España, particularmente en Galicia. Algunos dicen que este castillo perteneció al señorío de Noreña; otros impugnan este aserto, fundándose en documentos y datos históricos: consta que en el siglo XIV sus poseedores ejercían el derecho de prender á los habitantes del consejo de Priorio: actualmente es propiedad de la mitra.

En la casa de baños, los huéspedes corresponden á la primera ó á la segunda mesa, excepto los que hacen el gasto á parte y por su cuenta. La primera mesa cuesta veinte reales diarios, incluso el baño: en ella se ponen dos buenas sopas y un buen cocido; respecto á los principios hay sus dificultades; á veces son principios falsos, ó superficiales, ó sin consecuencias: pollos compuestos de varios modos, pero siempre pollos, duros como pedernal, y truchas; de pollos á truchas, de Logroño á Haro, y de Haro á Logroño. Sin embargo, á fuerza de indirectas hemos conseguido que nos sirviesen otras viandas, entre ellas unas chuletas de sesos con manteca, malas, aunque parecidas á los buñuelos de Madrid, muy propias para vomitar. Tocante á postres, estábamos bien servidos; un día éramos siete y nos pusieron seis albaricoques; hay horas en que no está uno para echar cuentas. En la segunda mesa se pasa mejor; en mas de una ocasión se levantan de la sesión manducatoria con el estómago casi vacío, ventaja apreciable para evitar indigestiones, tan fatales á los bañistas. Si el reglamento se cumpliera, todos quedarían complacidos; mas ¿quién se admira de que no se observe un reglamento de baños, cuando se infringen otras cosas muy importantes? yo me estrañaría si sucediese lo contrario.

Por lo demás, ofrece su distracción un establecimiento como el que nos ocupa, y durante la temporada allí se refieren muchas enfermedades y miserias á que estamos espuestos. En las Caldas había un ciudadano que padecía siete males; además tenía una muger coqueta, una suegra tímida, una tía loca y una cuñada envidiosa: total once enfermedades crónicas.

No soy yo de los que menos fé tienen en la influencia salutar de las aguas termales; no obstante había quien me superaba. Uno esperaba tomar carnes, cual abad benedictino en sus tiempos felices, siendo flaco como un espárrago; otro creía que á pesar de ser rechoncho y *atamborado* como cilindro de aplanar la tierra, llegaría á convertirse en una espátula; hombre había, al decir de las malas lenguas, que tomaba baños convencido de que se le agrandarian los ojos, que los tenía actualmente pequeños.

Por conclusion, no puedo menos de alabar el orden y método prescritos por el digno director el señor Salgado, relativamente á las horas del baño, al alquiler y alojamiento de los bañantes, y al interés con que á todos asiste, y á todo lo demás de su incumbencia y facultades.

Albacete 1.º de agosto de 1852.

ANTOLIN ESPERON.

Hace algun tiempo que me levanto todas las mañanas con el firme propósito de escribir un artículo mas ó menos crítico, que gracias á un mi amigo que tengo por acá, lograré insertar en las columnas de LA ILUSTRACION; pero á pesar de todos mis esfuerzos, á pesar de haberme rascado veinte veces la cabeza, y mirado al techo con aire melodramático, no me ha sido posible cazar una sola idea, ni aun compaginar algun título rimbombante, que llamando la atención del lector benévolo, logre hacerle formar una opinion favorable acerca del autor. En esta situación peliaguda, reservada únicamente á los que tenemos la pretension de deleitar al público..... pero basta de prólogo, pues ya la pillé (este *la* se refiere á la idea); y en efecto, si peliaguda adyektivé mi situación, ¿por qué no he de escribir sobre la influencia directa ó indirecta de la cabellera en el adelanto de este ser de dos piés sin plumas á quien llaman hombre? ¿Quién se para en pelillos? Manos á la obra y salga el sol por Antequera. Ya tenemos la introducción: ahora va el título:

DE LA INFLUENCIA DEL CABELLO (VULGO PELO) EN LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD.

Si tuviera pretensiones de naturalista, no dejaría escapar esta ocasión (por aquello de que la pintan calva) de escribir una disertación filósofo-histórico-crítica sobre el cabello, deteniéndome con complacencia en sus raíces, describiendo con escrupulosa erudición todas sus propiedades, como tambien las causas que contribuyen á mejorarlo ó á arruinarlo. Mas como quiera que mis estudios no se han extendido á las ciencias naturales, como no he inventado ninguna agua Lob, ni tengo cuarenta mil francos que ofrecer á los que continúan siendo calvos á pesar de mi receta, me contentaré con ofrecer, lector amigo, un ligero bosquejo de este adorno, tan apreciado por el bello sexo, como aborrecido, no sin razon, por algunos individuos del feo, para quienes una calva es la suprema felicidad.

Son infinitas las variedades de cabellos: sin contar los de

oro y azabache, que solo existen en la fantasía de los poetas y novelistas, los hay castaños oscuros, castaños claros, cenicientos, *blondos* (voz favorita de cierto vate amigo nuestro), rojos como los de Judas; los hay brillantes y deslustrados, crespos, rizados, suaves, duros como cerdas, apelmazados como vellones, que no pretendo describir, y otros muchos que no especifico por no fatigar demasiado la atención del lector.

Que el cabello ha sido siempre considerado como cosa de grande importancia, podria comprobarlo con citas de autores griegos y latinos, desde los acbeos de larga cabellera, cantados por Homero, hasta el célebre Sanson, cuyas fuerzas, por una razon que nunca he logrado explicarme, consistían en el tamaño de sus guedejas. No os pintaré la conmoción del universo cuando Júpiter agitaba su terrible cabellera, (*et totum nutu tremefecit Olympum*), ni me detendré en las aventuras del crinado Apolo, ni os infundiré espanto y terror hablando de la encrespada cabeza de Medusa, que era una especialidad en materia de cabezas, pues para llegar á tanto, fuera preciso escribir un poema épico, ó diez tomos en folio encuadrados en pergamino, que servirían muy luego

.....de pasto á ratones
ó para envoltura de anís é turrón.

Estoy seguro de que todas las hermosas (y para el escritor público todas las lectoras deben ser hermosas, discretas y adorables); tengo, repito, la firme convicción de que todas las bellas que pasen la vista por estos cesalñados renglones, habrán leído cuando menos mil volúmenes de novelas (biblioteca la mas á propósito para formar el corazón, desarrollar el criterio y madurar el juicio), en las cuales es de rigor encontrar todas las especies conocidas de cabellos, pero principalmente los dos tipos opuestos, el rubio y el negro. Por casualidad ha venido á mis manos una novela romántica en veinticinco tomos que contiene los dos retratos que siguen.

«Zaida es morena, como los dátiles que en apretados racimos prodigan las palmeras del desierto: sus cabellos, que envidia el azabache, descienden sobre sus mejillas alisados y brillantes como las alas del cuervo: sus rasgados ojos despiden raudales magnéticos que conmueven profundamente el corazón. La primera vez que se la mira se experimenta un terror involuntario, y sin embargo no es posible dejar de contemplarla, pues ejerce una fascinación semejante á la de la culebra de cascabel, que atrae á los pajarillos inocentes para devorarlos. Bajo el magnífico shall de cachemira que rodea su cintura dibujando las formas mas encantadoras, luce el afiligranado pomo de un puñal damasquino, menos penetrante que las miradas de sus ojos, y de cuyos golpes es mas fácil escapar que de las negras redes de sus cabellos. Muellemente recostada en almohadones de terciopelo carmesí, aspira con delicia los vapores del opio, que van sumiéndola poco á poco en un sonambulismo delicioso, semejante al que disfrutaban las huris, etc., etc. Bertha es la reposada virgen del Norte; es la willis de las antiguas baladas alemanas; sus cabellos de oro juguetean en caprichosos bucles sobre el mórbido cuello, cuya blancura desespera á los cisnes; su frente majestuosa y serena es el emblema de la inocencia y del candor; sus tímidos ojos azules apenas se atreven á dirigir de cuando en cuando una mirada al través de la gótica ventana de su camarín. Su actitud modesta, su fisonomía dulce y simpática inspiran una respetuosa admiración, y ningún mortal se atrevería á mirarla con ojos de concupiscencia, etc., etc.»

Ya tienes, carísimo lector, dos tipos enteramente opuestos: ¿y sabes en qué consiste el secreto de los diversos afectos que producen y de los sentimientos que dominan en su corazón? pues no es mas que en los cabellos: traslada los rubios á la morena y los negros á la rubia, y desnaturalizas completamente á entrambas. La energía, el orgullo, la crueldad, el amor impetuoso, en una palabra, todas las pasiones ardientes que bullen en el corazón humano, son compañeras inseparables de los cabellos negros de Zaida: la dulzura, la modestia, la compasión, el amor tímido y honesto, y por decirlo de una vez, todos los afectos tranquilos que elevan el alma hasta el Criador, imprimiéndola el sello de la beatitud celeste, se resumen en los dorados rizos de Bertha.

O los autores de dramas mas ó menos románticos, novelas un si es no es fantásticas, leyendas, poemas, y cuentos en prosa y verso se han dado de ojo para imitar la pintura que acabamos de bosquejar, sacrificando la verdad de una manera lastimosa, ó es forzoso convenir en que el color del pelo determina en nuestras almas una multitud de afectos, así como su mayor ó menor largura aumentaba ó disminuía las fuerzas del amante de Dalila. Esta creencia verdadera ó equivocada ha pasado, como no podía menos de suceder, de los novelistas y poetas á la generalidad de las gentes, y es opinion vulgar atribuir á las jóvenes pelinegras sentimientos ardientes y á las veces cruces, al paso que se considera á las pelirubias como dechado de modestia y angelical dulzura. Cómo saben las mugeres aprovecharse de esta preocupacion, no necesito yo explicártelo, lector amigo, que mas de una vez habrás hecho la corte á niñas rubias y morenas, y estarás convencido por experiencia de la verdad de mis observaciones. La influencia del cabello en los destinos de la mitad del género humano es por tanto una cosa demostrada, y no necesita un gran esfuerzo de imaginación para comprender, que esos pequeños tubos capilares determinan frecuentemente de una manera irrevocable la desdicha ó la fortuna de los individuos del sexo feo... Quién alucinado por los fosfóricos destellos de una cabellera de azabache, la hace objeto de un amor volcánico, y se encuentra luego con una muger fria como una lechuga. Otro, desalentado por la aparente frialdad de una rubia, pierde una muger encantadora. Este, receloso del fuego demasiado vivo que sin duda arde en el pecho de la primera, se retira prudentemente, destruyendo una felicidad que nunca hubiera tenido término. Aquel, ofendido por la sosería indispensable de la segunda, olvida á una muger sensible y apasionada que hubiera realizado todos sus sueños de ventura.

Y si la influencia del cabello en los destinos del sexo hermoso es una cosa indudable, ¿á cuántos estragos y desengaños y peripecias no ha dado lugar en los individuos de masculino? Desde la trágica muerte de Absalon, que no hubiera ocurrido á no haber tenido aquel varon preclaro caprichos de estudiante ó pintor del barrio Latino, hasta los tiempos en

que el romanticismo moderno se personificaba en unas melenas enmarañadas y unas barbas indescriptibles, ¿cuántas vicisitudes y mudanzas no han sobrevenido en el adorno de la parte mas noble del cuerpo humano? ¿Quién no recuerda á los sibaritas de la antigua Roma, ungida la cabellera con esencia de mirra, y coronadas las sienes con aromáticas flores, en aquellos opíparos banquetes en que se servían lenguas de ruiseñor, y pescados alimentados con carne humana? ¿Cuántas veces, amabilísimas lectoras, habreis asistido á la dulcísima muerte de Edgardo, tan poéticamente imitada por el célebre Rubini? Pero seguramente no habreis reflexionado en los desastres y calamidades que produjo en Inglaterra la encarnizada lucha entre puritanos y caballeros, que describe Walter Scott en sus novelas, tan concienzudamente históricas y tan minuciosamente descriptivas, que según el dictamen de un médico amigo nuestro, son remedio infalible contra los insomnios mas tenaces. ¡Pues admiramos tres veces! El cabello era la divisa de los combatientes, cayendo en bucles ensortijados sobre el cuello de los caballeros, y cortado en forma de cepillo en sus adversarios, llamados por esta razon *cabezas redondas*. Y en tiempos mas modernos, que todos hemos conocido, aunque algunas bellezas un tanto *sur le retour* aseguren que solo conservan de ellos un vago recuerdo, ¿no eran emblema de saber y de buen gusto, y de vena poética, y de disposición para el cultivo de las artes y las ciencias, unas despeinadas guedejas acompañadas de descomunales patillas?

Dígalo si no el célebre Pelaez, cuyos candentes hierros han causado tantos estragos en las cabelleras de nuestros poetas y pintores. Afirmerlo conmigo los Zorrillas y los Vegas y los García Gutierrez y toda la pléyada de vates, que con el malogrado Espronceda siguieron la senda trazada en el país vecino por el poeta de frente mas monumental que han admirado las edades, con su cohorte de trovadores barbudos y románticos, que celebraba sus banquetes en cementerios y catacumbas, bebiendo en cráneos como Han de Islandia, y alimentándose con todos los venenos conocidos y por conocer.

En mala hora para los artistas en peluquería y para los fabricantes de cosméticos, las ideas han tomado otro rumbo, y la felicidad, que antes consistía en poseer una melena de media vara, se cifra en la actualidad en ostentar una cabeza como un melon, que pueda servir de hipódromo ó plaza de toros. ¿Qué va á ser de vosotros los que trabajais la concha y todas las variedades de astas desde el búfalo al unicornio? Pasó la época en que se rompía media docena de peines por semana, y la materia córnea solo se emplea ya en confeccionar puños de baston y otros adornos, que las hermosas suelen elaborar primorosamente.

Lector benévolo que has tenido bastante paciencia para seguir el hilo de este mal pergeñado artículo, á fé mia que has de dar con el ovillo si sigues un consejo que voy á suministrarte, movido del mas afectuoso interés. Cuando saltes del lecho, colócate en frente de un espejo, y si notas que el pelo te se empieza á caer, y adviertes señales evidentes de una pronta calvicie, tu suerte está asegurada. ¡Si supieras cuántas veces he maldecido este cabello tan espeso con que Dios me ha dotado! Llevando ya anteojos (condicion primera de todo aspirante á hombre político), ¿por qué no he de tener una de esas calvas sublimes, símbolo el mas exacto del talento y de la falta de pelo. Pero Dios mejora sus horas, y confío en que á fuerza de cavilar para escribir artículos insulsos, me encontraré pronto, lector amigo, con la cabeza lisa como la palma de la mano, para que se mueran de envidia los literatos y políticos que aun se atreven á tener pretensiones, conservando cubierto el hueso coronal.

San Ildefonso 6 de agosto de 1852.

F. FIGUERA.

EL FASTIDIO.

REVISTA DE MADRID.

Voto va, que es empresa de las mas árduas esto de escribir revistas, cuando no se le alcanza á uno jota de las futilidades cortesanas de Madrid con que se tejen y aderezan las revistas, y cuando no es uno tan siquiera comisario, no digo yo de Madrid, sino de Carabanchel. Y ello es indispensable, que el lector tiene muy raras manías, y en lo déspota pudiera apostárselas al mismísimo Czar de todas las Rusias. ¡Ah señor lector, señor lector! niño mimado y objeto á par de tantas maldiciones *sotto voce*... ¡Si supiera vuesa merced cuánto de disgusto nos acarrea á los escritores el haber de darle gusto cuando y cómo se le antoja! Vaya en gracia por el invierno, que con el ceñirillo de Guadarrama y el bulle bulle de teatros, de cafés y de tertulias, parece como que está mas pronunciado el órgano de la *escribibilidad*, y así se enjaretan artículos y revistas y dramas y novelas, como se toma en el Suizo una regalada taza de café, ó se baila una polka íntima en el teatro Real, ó se aplaude á Teodora Lamadrid ó á Matilde Diez, llorando á lágrima viva. Entónces si que estamos los escritores templados para todo, en tal manera, que se dice como refrán: Las letras y los besugos viven juntos; pero ahora, al mismísimo justo medio del mes de agosto, cuando los hombres de mejor posicion son los vagos que ocupan la horizontal, y los enfermos, cuando las calles de Madrid son punto menos que desiertos del Africa, donde hay que llevar basta el agua prevenida para no asfixiarse como un pajarito, ¿qué ha de decirle á vuesa merced, señor lector, una revista?

Con que si V. sigue en sus trece, y en pedir revista, y yo sigo en los mios, que es darle gusto, solamente de una manera podremos salir del atolladero: conjugando á duo el verbo fastidiarse.

Yo, autor, me fastidio.

Tú, lector, te fastidias, etc. etc.

¡Ay que buenos tiempos eran aquellos en que había *noticias* siempre! En enero como en julio, no tenía un pobrecito escritor de revistas sino darse una vuelta por el Prado ó por la Puerta del Sol, meter un tanto cuanto las narices en este ó en el otro corrillo, y cátese V. la cartera llena de apuntes, y todo el magin atestado de dimes y de diretes, políticos ó impolíticos, privados ó sin privar. Pero es cosa determinada por Dios que vayamos para atrás, y ya ni aun *cosas*

tenemos los españoles. ¡Ni cosas! ¡qué horror! Hé aquí resuelto el problema de nuestra situación actual. Porque ni cosas tenemos, vivimos fastidiados.

Como hay hombres de fortuna, ideas y libros, *et sic de ceteris*, hay palabras de fortuna. Al fastidio le debe de haber tocado el premio gordo de la lotería lo menos dos veces. No se topa uno por ahí sino con gente fastidiada.—Las jóvenes se fastidian.—Las viejas se fastidian.—Los pollos se fastidian.—Los políticos se fastidian.—Los literatos se fastidian.—Los pretendientes se fastidian.—Y hasta los empleados y los comerciantes se fastidian!—Pero ¿por qué? ¿dirá el benévolo lector, que quizás nos lee solamente por fastidio.—Y nosotros le iremos contestando punto por punto.—¿Por qué se fastidian las jóvenes? porque teatros y paseos y tertulias fueron de bolín de bolín.—¿Por qué las viejas? porque los viejos gotosos y paralíticos están tomando los baños.—¿Por qué los pollos? porque el calor los pone sudados, y el tomate les da temblores como al ahorcado la sogá.—¿Por qué los políticos? ¡chist! porque... porque no me da la gana de fastidiarme como ellos ¡chist!—¿Por qué los literatos? porque el gobierno protege á las letras.—¿Por qué los pretendientes? porque en la Granja anda la bucólica por los ojos de la cara.—¿Por qué, en fin, comerciantes y empleados, gente beata, como dijo el poeta latino: *beatus ille qui procul negotiis*, gente inaccesible á los fastidios todos, como que ellos nacen del tener mucho que hacer ó del tener poco dinero? ¡Oh ignorancia de las ignorancias! Se fastidian, porque se fastidian todas las demás gentes; que comerciantes y empleados no son gente especial, gente de rancho aparte en la comunidad de las gentes, sino astros de luz prestada que toman la de sus vecinos, faroles á quien ha de echar aceite algún prójimo para que puedan vivir.

Los comerciantes y los empleados son las ostras de la sociedad.

Todo vecino honrado de la calle de Postas se fastidia de seguro en la actualidad horrorosamente.

Todo vecino de la casa de Correos, de la de Doña María Aragon, de la de Camarasa, del Salitre, de los Consejos ó de la Aduana, se fastidia en la actualidad horrorosamente.

Los primeros, porque ven al público fastidiado.

Los segundos, porque ven fastidiados á sus jefes.

Cuando los primeros ven á un parroquiano cruzar indiferente por la acera sin mirar al mostrador, ni acordarse del santo... de su tienda, le llaman repetidas veces á que caiga en el grilto, y les compre sus baratijas; pero el parroquiano rehúsa hasta el entrar á sentarse, y vanamente le brindan con mostrarle ciertos géneros *fresquitos, coleando*, de París: á todo responde con deslen:—Estoy fastidiado.—Y el hortera se fastidia también sinceramente,—que no hay cosa mas sincera que el bolsillo.

¡Pues y los empleados! Cate V. que un director, un secretario, un jefe cualquiera corre que corre de aquí para allí en busca de ocupación que es lo que todos buscan en la esfera de estas gentes desocupadas. ¡Buenos están los tiempos para andarse por las ramas! Y como ni de tronco ni de ramas se puede asir, que hoy por hoy ni sombra de árbol se ve por estos andurriales políticos, el pobre secretario ó director ó jefe se fastidia; y el empleado, que es su daguerreotipo, se fastidia también sinceramente,—que no hay cosa mas sincera que la adulación.

En cuanto á nosotros los que no somos nada, y que sin embargo nos fastidiamos, es por varias razones á cual mas graciosa. Unos por amor,—que es de todos los fastidios el único irremediable;—otros por pobreza,—que es de todos los fastidios el mas vergonzoso;—otros por *il dolce far niente*,—que es el mas agradable, el mas digno de premio y de loa;—y nos, en fin, el autor de este artículo, por la pejiquera que nos ocasionan nuestros lectores.

Esto sin contar los fastidios que trae el vivir en Madrid, que no queremos contarlos, porque somos su revistero, y sentiríamos en el alma que nos dejara cesantes.

Con tantas razones ¡vaya V. á escribir y á pensar en otra cosa que no en fastidiarse!

Así no se van por esas calles de Dios sino caras inglesas, caras de *speen*, espiritadas, lúgubres y sombrías. El Prado por la tarde parece el Retiro por la mañana: la única diferencia consiste en que por la tarde pasean las gentes su fastidio, y por la mañana su tisis ó sus antojos hidropáticos.

Pero basta ya, que el lector necesita de poco.

Volvamos á ocuparnos de Madrid, de este cuerpo sin sombra, de este guante que con los calores del es ío se ha puesto arrugado y viejo; pero ¡ay! ¿cómo acordarnos de Madrid sin que torne á asaltarnos eso que no queremos nombrar por lo de *verba repetita*?... Madrid en agosto... ¡qué fastidio! ya soltamos la fatal palabra. ¿Ni cómo podríamos contenernos, cuando es lo único de que se goza actualmente en Madrid? ¿Adónde volveremos si no los ojos? ¿á los teatros? ¡qué fastidio! ni una voz amiga nos queda en ellos. Teodora y Bárbara Lamadrid hacen en las provincias provision de laureles y de pesetas para el invierno; Arjona y los Osorios siguen sus huellas, que son sus luceros, vamos al decir; Matilde Díez, cansada de entusiasmar á los blancos, vá á volver locos á los negros; Valero, el sin par, peregrina como Lope de Rueda y Agustín de Rojas, pero con intención mas pia, para ayuda del hospital de la Princesa; Julian Romea y Guzmán el venerable se ensayan en la escritura á poder de comunicados, por aquello de que cuando el diablo no tiene que hacer... en Madrid solo nos quedan los desperdicios teatrales, las piltracas. Una compañía de ópera que corre la legua por esas calles de Dios, como si fueran los pueblos de la Mancha; otra de verso clavada en la Cruz y vertiendo sangre por todas cinco llagas; otra en el Instituto parodiando la voz del desierto... y aquí paz y después gloria. El jardín Chaplet y el Circo de Paul son fastidios de otro calibre. El primero, como los pararrayos, atrae sobre sí la electricidad de la atmosfera, y á pesar de su electricidad el segundo no puede atraer á las gentes atormentadas. Lo que unos no quieren otros apetecen. ¡Qué fastidio!

¿Volveremos los ojos á los círculos literarios?

¡Ay cuánto de dolor está presente!

como dice fray Luis de Leon. En los círculos literarios sí que se puede resolver el problema de la cuadratura. En invierno son todo lo mas triangulos, y en verano... Dios sabe

lo que son. Como el álcali volátil se disipan, se desvanecen, y los flojísimos lazos que unen á sus individuos, se acaban de aflojar por arte del calor. Separados en junio, ni á acordarse vuelven unos de otros hasta que, con las chinchas de la feria, caen como llovidos del cielo en el café del Príncipe. Hermanos en Apolo y en las nueve, ¿cómo comprendéis la fraternidad? Bien dijo aquel que dijo:

Que son una hermandad los escritores...
Hermandad de Caines y de Abeles.

Aparte los miembros de la *consultiva* de teatros, que andan por ahí haciéndose de los misteriosos y de los interesantes; soltando acá un hilo de sus proyectos, como quien no quiere la cosa; dando acullá con voz hueca y sonoro retintín una noticia literario-teatral de á folio, aparte estos, repetimos, y tal periodista vergonzante que murmura de los que emigran en verano porque sus letras no corren en Biarritz, en Panticosa, ni tan siquiera en Trillo ó en el Escorial, no halla uno por Madrid por un ojo de la cara sombra de literato para un remedio. En cambio no hay día que no nos aturda los periódicos con la llegada de tal ó cual monsieur á tal ó cual pueblo de España; y ahora se nos acuerda un gracioso lance ocurrido á uno de nuestro mas célebres en una aldeilla del Pirineo, inmediata al puente del Vidasoa. Al presentar su pasaporte, el alcalde, que no tan solo no sabia leer, sino que era sordo de nativitate, y solamente á puro grito pelado entendia las últimas sílabas de las frases, cuando un hijo suyo, aprendiz de sacristan, le leía el consabido:

«Concedo libre y seguro pasaporte á D. F. de tal, literato...
—¿Qué has dicho, Anton? exclamó el alcalde.
—Literato, respondió á voz en grito el futuro sacristan.
—Ato... ato... ¿mentecato?... no sé qué oficio es ese.
—Literato, dijo á su vez el viajero un si es no es picado.
—¿Nada entre dos platos? repuso el alcalde en su incorregible sordera. ¡Que oficios estos del día! ¡en mi vida las he visto mas gordas!

Nuestro colega se echó á reír, porque nadie presenciaba esta escena, y perdonó en el fondo de su corazón á *la estampa del rey* aquel sacrilegio humillante. Está tan acostumbrado á que le pregunten en Madrid ¿qué cosa es un literato? que no se admiraba de que le sucediese lo mismo en el Pirineo. Al fin ambas tierras son de osos: ¿no han de parecerse las gentes?

Para acabar con esto de fastidios vamos á dar á nuestras lindas lectoras una noticia que las fastidiará en extremo. En toda las reuniones de Madrid no se habla de otra cosa que del raro ejemplo que ofrece el verano de 1852 en los fustos matrimoniales de la alta sociedad. ¡Oh que pernicioso ejemplo! ¡ni un solo matrimonio en cuatro meses! ¡ni uno! Crisis tan espantosa amenaza dar al traste con las esperanzas de las mamás, y con las ilusiones de las niñas. Háse discutido muy seriamente entre estas y aquellas, sobre la causa de tan espantosa *sequia*, que parece plagio de Murcia, y tras mil sesiones borrascosas en que hubo cada discurso capaz de enternecer á un solterón, la asamblea se ha disuelto sin resolver cosa que de contar sea.

¿Qué fastidio!
Estrajudicialmente, por un conducto que nunca nos falla, hemos sabido que algunas mamás se ocupan en tomar precauciones para el invierno, mientras las niñas con su acostumbrada intrepidez recurren á las gitanas, á los astrólogos y á los sanámbulos, para que les cuenten las rayas de la mano, y les lean figura, y en sueños les pronostiquen si está su boda próxima ó lejana. Nosotros decimos solamente que es un fastidio tener que recurrir á estas medidas extraordinarias.
¡Y lo peor es que para el otoño no se anuncia ni se prepara boda alguna!

Este, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Pueblos sin amores tan siquiera,
Fué una segun la caja de Pandora,
La corte de Madrid casamentera.

Ahora, si el lector nos permite que le digamos en secreto que estamos ya fastidiados de escribir, ¿nos lo perdonará en gracia siquiera de que no le fastidiemos mas?

CATILINA.

VIAJES.

RUSIA.

EL CAZADOR DE OSOS.

En el mes de marzo de 1842 me hallaba yo en el país de Jarossloff, uno de los mas bellos de la Rusia, y que recuerda los paisajes de la Turena. Su capital Jarossloff se levanta sobre unas imponentes alturas, bañadas por las aguas del Voiga, que corre á sus piés. El gobernador era entonces el general Poltaratzki, uno de los mas antiguos generales de Alejandro, hombre de ciencia y de valor á toda prueba. Hacia ya mucho tiempo que ocupaba este importante puesto, y era querido de todos.

A mi llegada presenté al general gobernador una carta de recomendación de uno de sus amigos de San Petersburgo, y me invitó para aquella misma noche á una de sus reuniones. Allí hice conocimiento con algunas personas de distinción, que á pesar de lo que han dicho sobre los rusos muchos escritores, me parecieron sumamente afables y de un trato muy distinguido.

La esposa del gobernador, muger de mucho talento, era el alma de aquella reunion. Su hijo Borsi, que entonces era un muchacho, pero que prometia lo que ha llegado á ser, esto es, de los mas valientes y cumplidos oficiales de la guardia imperial, que es uno de los cuerpos mejor organizados de Europa, secundaba á su madre en cuanto estaba de su parte para amenizar estas reuniones.

Estando allí me acerqué á un grupo en que se hablaba de caza. Un caballero que vivía en los alrededores de la capital, referia proezas de uno de sus paisanos, y contaba lances tan extraordinarios sobre su fuerza y su destreza, que muchos de los oyentes no pudieron menos de manifestar sus dudas. El caballero A. de S. Ch., algo picado de las dudas de estos in-

crédulos, quiso darles una prueba convincente, y nos invitó á todos á que fuésemos á pasar algunos días en sus posesiones del distrito de Canilof, y á asistir á una de las cacerías de su valiente Alejo. Aceptamos, y quedamos citados para el siguiente día por la mañana, retirándonos temprano para prepararnos á aquella escursión. Al amanecer me vino á despertar el caballero P... que me habia ofrecido un asiento en su carruaje, y una hora después nos halláramos todos reunidos.

Nuestro viaje fué de corta duración, pues en poco mas de tres horas, los caballos, siempre al galope, nos hicieron recorrer un camino de cincuenta rerstar (cerca de doce leguas), sin remudarse, y nos detuvieron delante de la casa de nuestro amigo, lindo edificio en que nos instaló con las mas generosas maneras.

Alejo, avisado de nuestra llegada, no tardó en presentarse, y su presencia fué objeto de admiración para todos nosotros; por mi parte confieso que quedé mudo de asombro, pues nunca habia visto delante de mí un hombre de su talla y de sus formas hercúleas. Tenia indudablemente mas de seis piés, y sus anchas espaldas y largos brazos, aunque bien proporcionados, su elástico talle, sus piernas nerviosas y robustas, hacian de él un hombre excepcional. Era dependiente de nuestro amigo, y su amo le dió á conocer el motivo que nos conducia allí, y nuestras dudas respecto á sus proezas. Después de haber escuchado con la mayor atención, Alejo nos prometió que antes de tres días quedaríamos satisfechos, y exigía este tiempo, porque, segun decia, necesitaba buscar un enemigo digno.

Pero la suerte le auxilió en sus deseos, y aquella misma noche volvió de su escursión. Habia descubierto una cueva habitada por uno de esos terribles osos que serian la admiración del resto de Europa.

Nos dispusimos inmediatamente para la escursión, armándonos de escopetas, pues la distancia que teniamos que recorrer era bastante larga y los caminos bastante malos, y partimos aquella misma noche para llegar al sitio indicado antes de amanecer. Todos íbamos provistos de una buena escopeta de dos cañones, de un cinto de cuero, y de grandes botas que nos subian hasta por encima de las rodillas.

El equipo de nuestro héroe merece una detallada descripción.

Iba envuelto de piés á cabeza en uno de esos largos levitones de piel de carnero, que en Rusia llaman *choubas*, y ceñía su cintura con una gruesa cuerda, de la que pendía un cuchillo de monte de unas quince pulgadas de longitud, cuya estremidad, un poco encorvada y cortante por ambos lados, hacia que dirigido por una mano diestra y vigorosa pudiese acabar de un solo golpe con el animal atacado. Su brazo izquierdo se hallaba rodeado, desde el hombro hasta el puño, por otra cuerda colocada en espiral, y que debia servirle de defensa contra las garras del animal, y por último, un fuerte guante de piel, guarnecido de clavos, cuyas puntas salían al exterior, ceñía su mano y era un poderoso auxiliar, pues al abrir la boca el animal para morder á su adversario, este le introducía con violencia la mano en la boca, y el dolor que le causaban las heridas producidas por los clavos, era tal, que el animal no tardaba en caer al suelo.

Llevaba consigo una fuerte y larga trenza hecha de unos juncos muy comunes en aquel país, con los que se hacen cuerdas mas resistentes que las nuestras de cáñamo. Su longitud era de unos veinticinco piés, y terminaba en una de sus estremidades por un nudo corredizo.

Ya veremos el buen servicio que prestaba á Alejo esta cuerda.

Un teletchka, carruaje del país, colocado sobre patines y tirado por dos buenos caballos, conducía nuestras provisiones de boca.

Partimos, y durante el camino guardáramos el mas profundo silencio, pues era preciso evitar el dar la alarma á las fieras que pudiera haber en los alrededores. Después de mas de una hora de marcha sobre la nieve, en que nos hundiamos hasta la rodilla, llegamos á los bosques, que nos permitieron caminar á un paso mas rápido.

Alejo iba delante, no guiándose en medio de la oscuridad mas que por su instinto de cazador, y por su larga experiencia. En fin, al cabo de muchas marchas y contramarchas, llegamos á un claro del bosque, rodeado por todas partes de escavaciones profundas, guardada ordinariamente de los osos del país.

Así que todo el mundo se halló reunido en aquel punto, resolvimos esperar en él la llegada del día, temiendo alejarnos de nuestro enemigo, que debia hallarse por aquellos alrededores.

El día no tardó en llegar, y entonces pudimos reconocer los objetos que nos rodeaban. A doscientos pasos de nosotros se veía un bosquecillo de árboles, y á sus piés una ancha escavacion, cubierta en gran parte por ramas secas y por el musgo. El cazador conoció al momento que el animal se hallaba allí, y dando algunas vueltas para reconocer el terreno, se preparó para el ataque.

Quedó pensativo por algunos momentos, y en seguida, dirigiéndose hácia un árbol bastante corpulento que se halla á unos quince pasos del hoyo, ató á la estremidad de la cuerda opuesta á la que terminaba en un nudo corredizo. Desandando despues lo andado, cogió su escopeta, y adelantándose con precaucion envió sus dos balas al hoyo con el objeto de espantar á la fiera y hacerla salir de su guarida.

Su maniobra se vió coronada del mejor éxito, y en cuanto se oyó la detonacion, vimos aparecer la enorme cabeza de nuestro adversario, y conocimos que teniamos que habérmolas con un oso de los llamados *comedores de trigo*, es decir, con uno de los mas vigorosos de los que pueblan los bosques de la Rusia.

Su fuerza es prodigiosa, y su agilidad extrema; es el mas temible de los osos, y el mas difícil de combatir. Alejo, avanzando hácia él, trató de sacarlo fuera.

(Continuará.)

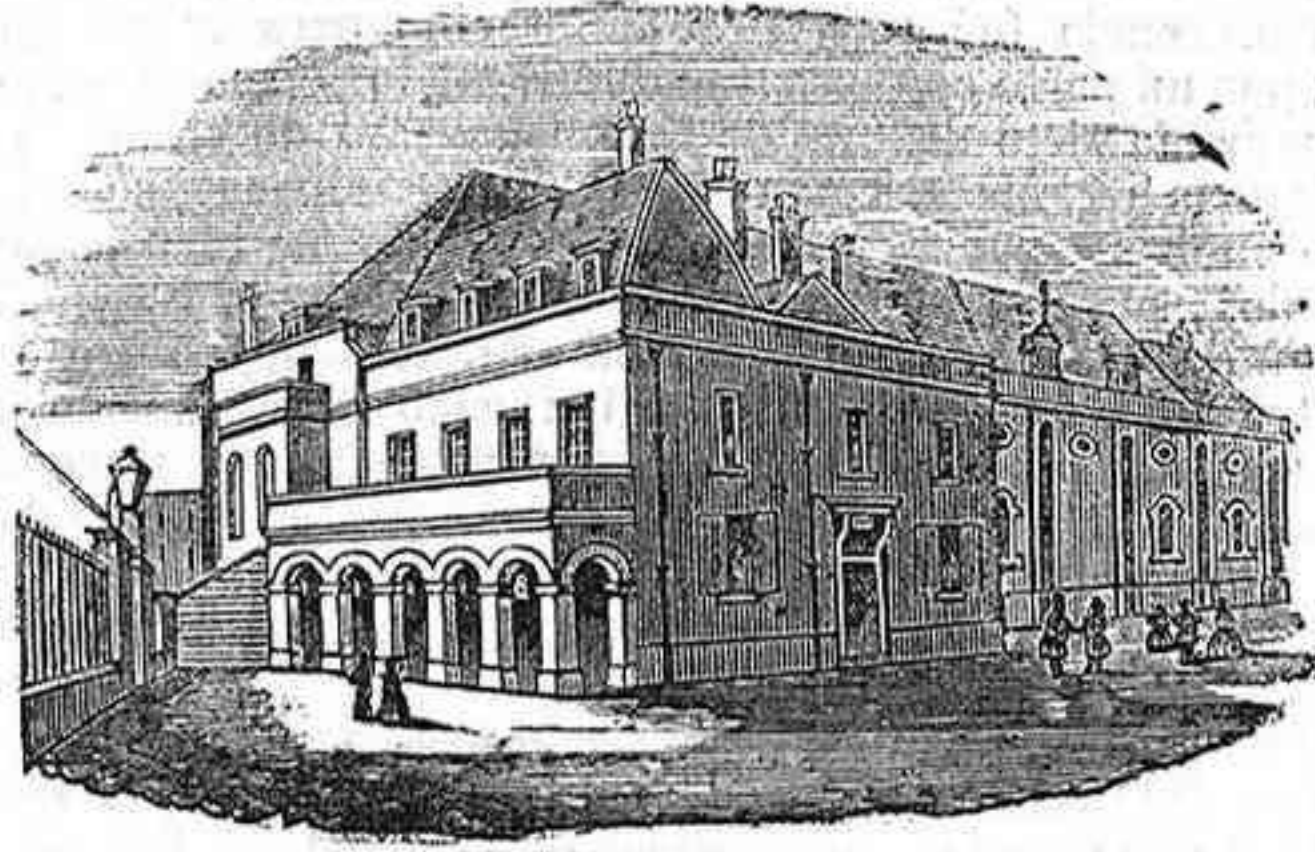
ADVERTENCIA.

En el número anterior, por una equivocacion involuntaria, se puso al firma de D. Vicente Barrantes al artículo titulado *Estudios biograficos, El Aretino*,—cuando debió de ponerse en el titulado *Arte contra arte*.

UN PASEO POR LONDRES.

(Continuacion.)

Desde este punto el camino toma el nombre de *City road* y conduce al Este y Sud-Este de la plaza *Juisluzzy* y á la calle *Moorgate*, que conduce al Banco. Entrando en *Smithfield* se encuentra el espectador frente al teatro *SADLER'S WELLS THEATRE*, antiguo lugar de diversion. Cerca de este teatro se halla un receptáculo de agua llamado *New River Nead*, que está á ochenta y cinco pies sobre el nivel del Tamesis, y cuyo depósito provee á la ciudad de Londres con 117.560,000 cuartillos de agua cada veinte y cuatro horas. El local que hoy día for-



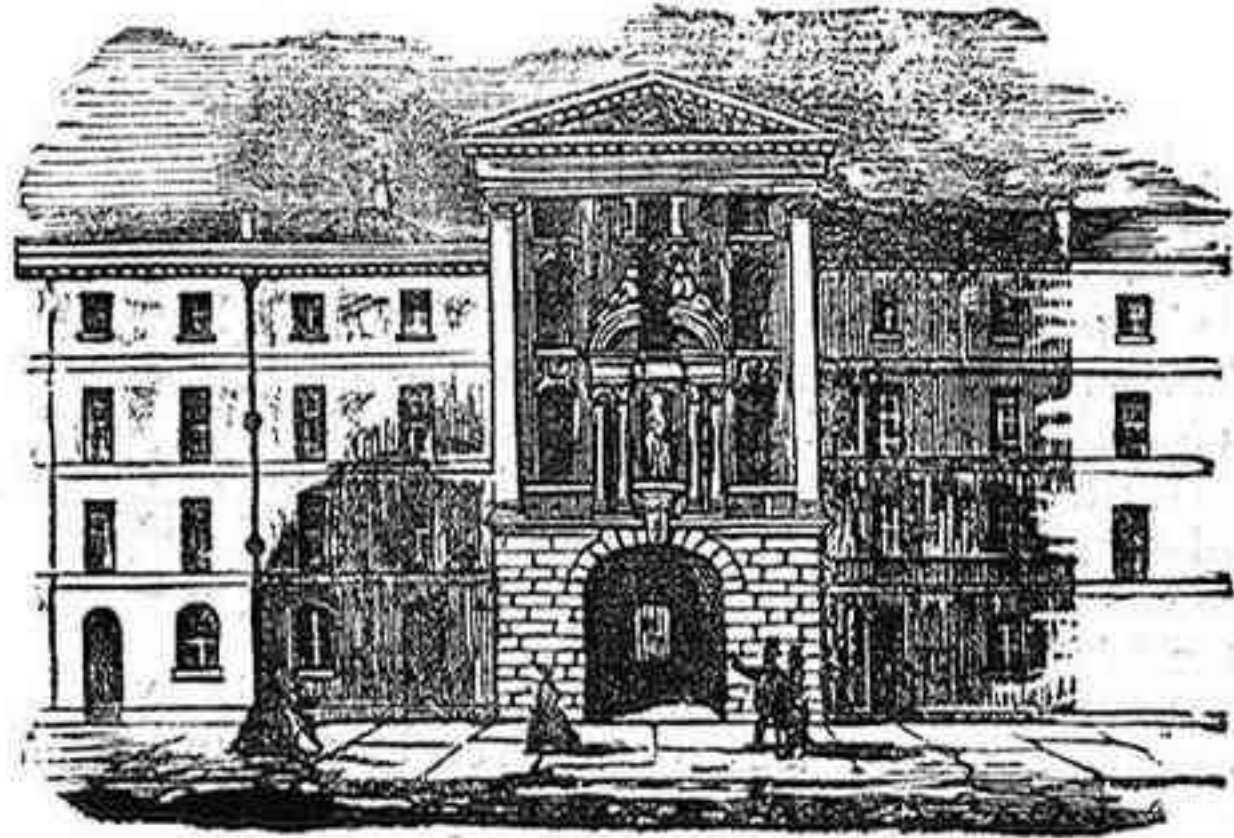
Sadler's wells theatre.

ma la plaza de San Juan, fué en otro tiempo ocupado por el hospital de la órden de San Juan de Jerusalem, erigido en 1110. La principal entrada á la plaza es por la puerta llamada de San Juan, *SAINT JOHN'S GATE*, que merece la atencion del viajero. El edificio llamado *Charter-House*, al Norte de la plaza *Charter-House*, es uno de los principales colegios de la metrópoli, y ocupa el lugar de un monasterio de cartujos fundado en 1370.



St. John's gate.

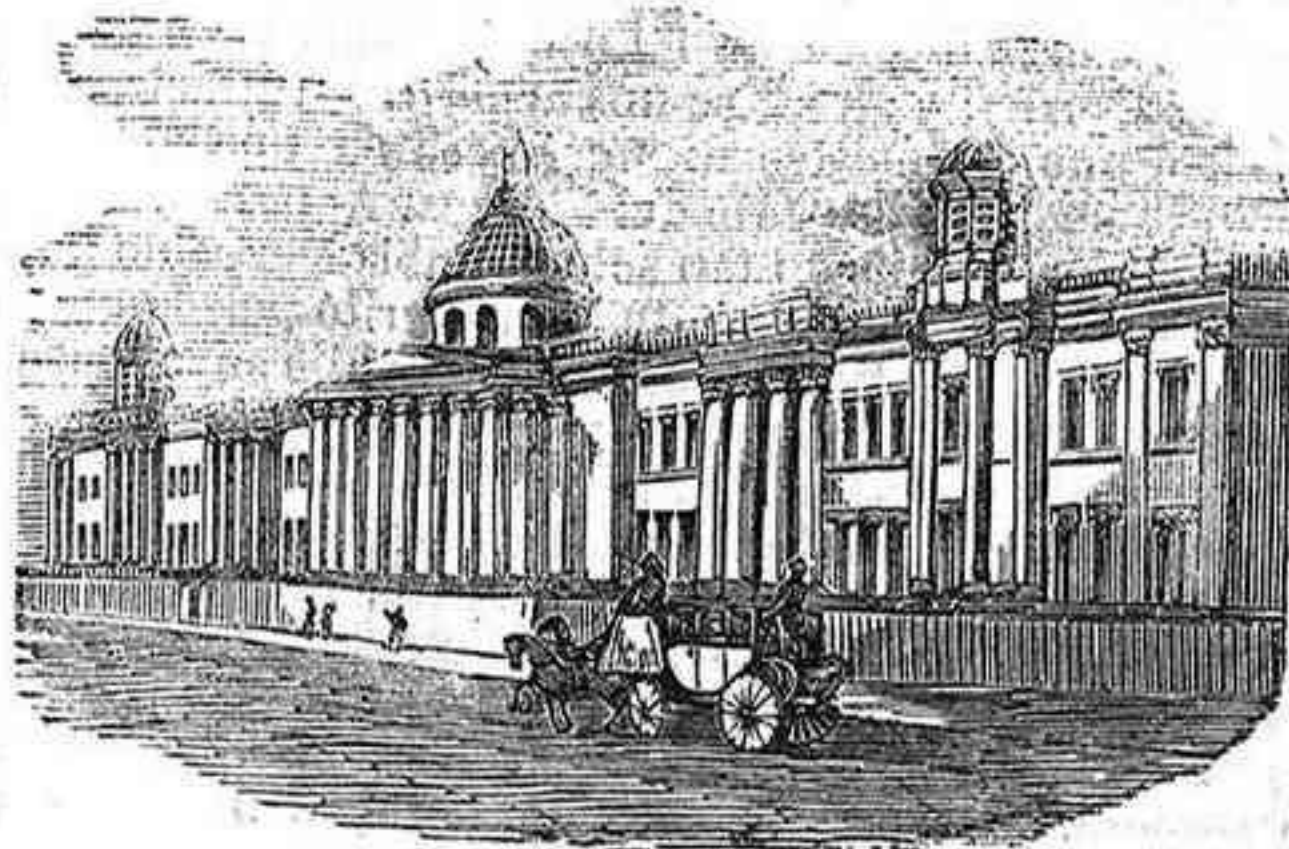
Ahora pasaremos á *West Smithfield*, gran mercado de toda clase de ganado, que surte á la capital. Al Este se encuentra el hospital de San Bartolomé, *ST. BARTHOLOMEW'S HOSPITAL*, edificio sólido y elegante. Tiene entrada por *Smithfield* y fué fundado bajo el reinado de Enrique II. Contiene algunos escelentes cuadros al  leo espuestos en la escalera principal. De este hospital se pasa á la calle *Giltspur*, terminando el paseo del tercer dia con direccion al barrio de San Pablo. CUARTO DIA.—Tomando una direccion recta hácia el Oeste, puede empezarse la excursion visitando la Galeria nacional, *THE NATIONAL GALLERY*, que contiene una rica coleccion de cuadros al  leo, cuyo costo ha sido de 57,000 libras esterlinas. Está abierta al público los cuatro primeros dias de la semana. Una parte de este edificio está destinado á la *Real academia de Artes*, cuya exposicion anual de pintura y escultura tiene lugar todos los años en el primer lunes del mes de mayo. Re-



St. Bartholomew's hospital.

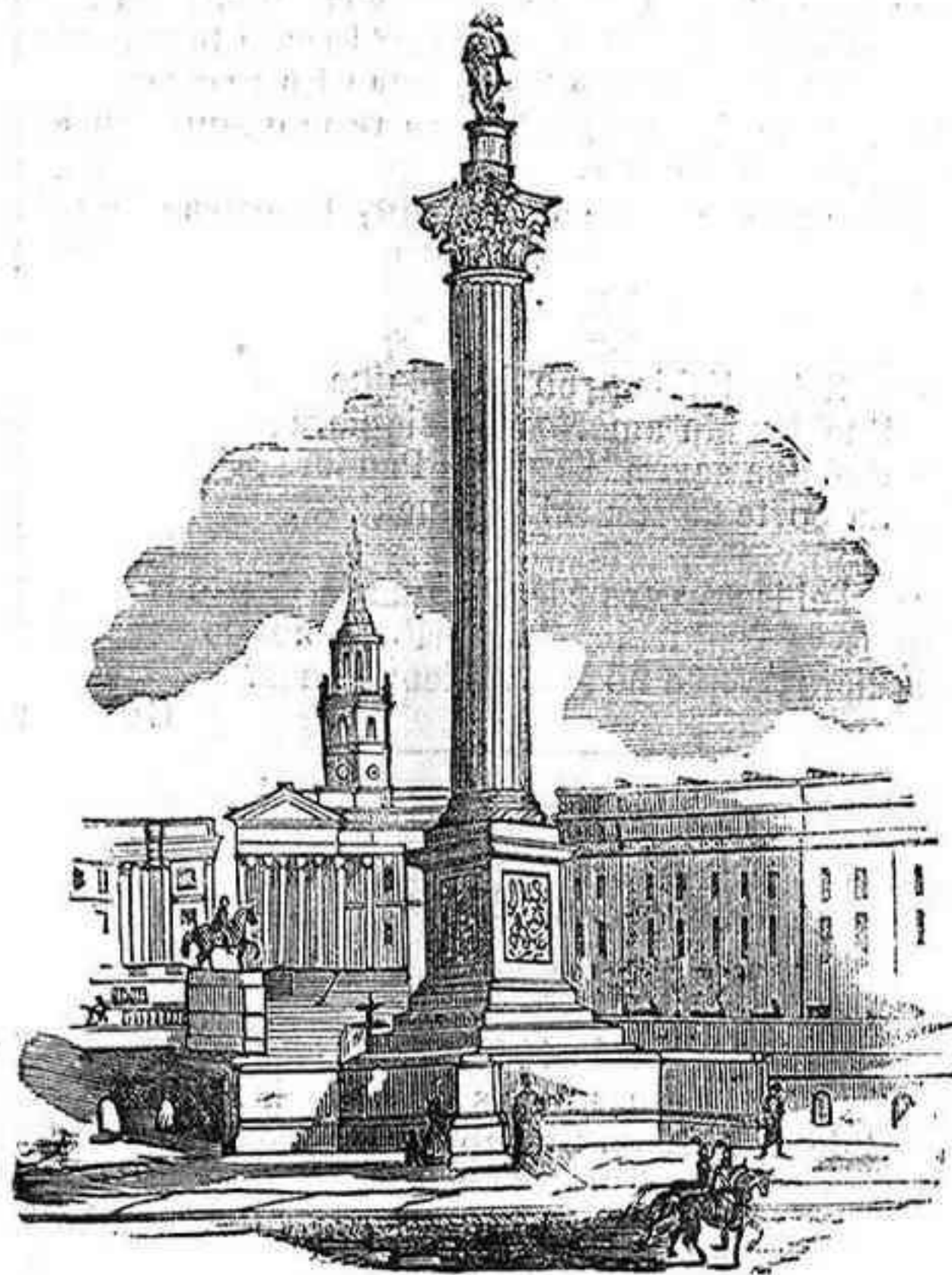
comendamos particularmente la observacion de las ocho columnas que sostienen el pórtico de este edificio por su elegante y rica arquitectura. En la plaza de Trafalgar la *columna de Nelson*, *THE NELSON COLUMN*, se presenta al espectador en colosales formas. Esta obra monumental, dedicada al célebre almirante Nelson, sirve de base á una estatua de este marino, y al pié hay dos fuentes imitando p rfiro. En la misma plaza existe tambien una estatua ecuestre de Jorge IV, de bronce fundido; y saliendo

de la plaza, hay tambien en la calle *Cockspur* una estatua de Jorge III. Entretanto en *Haimarket*, llama la atencion el *Teatro de Su Magestad*, así denominado *HER MAJESTY'S THEATRE*, que de todos los sitios de entretenimiento en Londres es el que hoy día está mas en moda. Su interior está magnificamente adornado con labores de estuco, columnatas y pilares de órden dórico. En la fachada principal hay un bajo relieve que representa el origen y progreso de la música. Este teatro es mayor que el de la Scala en Milan. Un palco cuesta una libra esterlina y un chelin, y   esta proporcion las demás localidades. En frente se halla el teatro *Haymarket*, *THE HAYMARKET THEATRE*, que est  en la clase de los teatros menores de la capital. Entrando en la plaza de Waterloo al Oeste está el Club 6 Junta del Ateneo, *THE ATHENÆUM CLUB*, instituido en 1824 para la reunion de personas cientificas. Sobre el pórtico hay una estatua de Minerva. En el espacio que hay enfrente sobresale la columna *York*,



The national gallery.

THE YORK COLUMN, de órden dórico, adornada en el estremo con una estatua gigantesca de 13 piés 6 pulgadas, del ya difunto duque de York. El total de la columna con la estatua es de 137 piés. Sus inmediaciones se componen de elegantes y espléndidas residencias de familias distinguidas. Sigue el edificio llamado *El club de la reforma*, *THE REFORM CLUB*, que llama la atencion por la esplendidez con la cual sus miembros han adornado el interior. A la derecha de *Pall Wall* está el *Instituto Británico* destinado á promover las bellas artes. Cuando se ilumina la ciudad de Londres, este sitio ofrece una vista de brillante efecto. Dando la vuelta   la plaza de *S. Jaime*, y entrando en la calle *King* se presenta   la vista el teatro de San Jaime, *SAINT JAMES THEATRE*, que figura entre los mejores de su clase. Se abre en casi todas las estaciones del año, tanto para representaciones en idioma del país, como del extranjero. En línea con la calle *King*, cruzando *Piccadilly* se entra en la arcada *Burlington*, *BURLINGTON ARCADE*, que es un pasadizo de 210 yardas de largo con gran número de tiendas, y



The Nelson column.

muy frecuentado. Se estiende de *Piccadilly*   los jardines de *Burlington* y tiene tres entradas de cada lado. Volviendo   *Pall Duall* no se puede menos de admirar el edificio llamado *WARLBOROUGH HOUSE*, residencia que fué de la reina Adelaida, y mandado construir por la reina Ana en honor á los servicios del gran duque de Warlborough. El v stibulo contiene un cuadro que representa la batalla de Noehstte. Inmediato está el palacio de S. Jaime, *ST. JAIMES'S PALACE*, edificado por Enrique VIII en el local que ocupaba un hospital del mismo nombre. Ha sido residencia de los soberanos ingleses desde que el palacio de Witehall fué consumido por las llamas en 1695; aunque su situacion al Norte del Parque de S. Jaime es amena, su est rior no tiene nada que lo recomiende. En sus inmediaciones una muger en estado de enagacion mental atentó contra la vida de Jorge III en 1786. Cruzando el Parque, pronto se divisa un edificio digno de la residencia de un soberano, y es el palacio *BUCKINGHAM*. Fu  propiedad de la reina Carlota durante su residencia en la capital. Está abierto al público desde las ocho de la mañana hasta

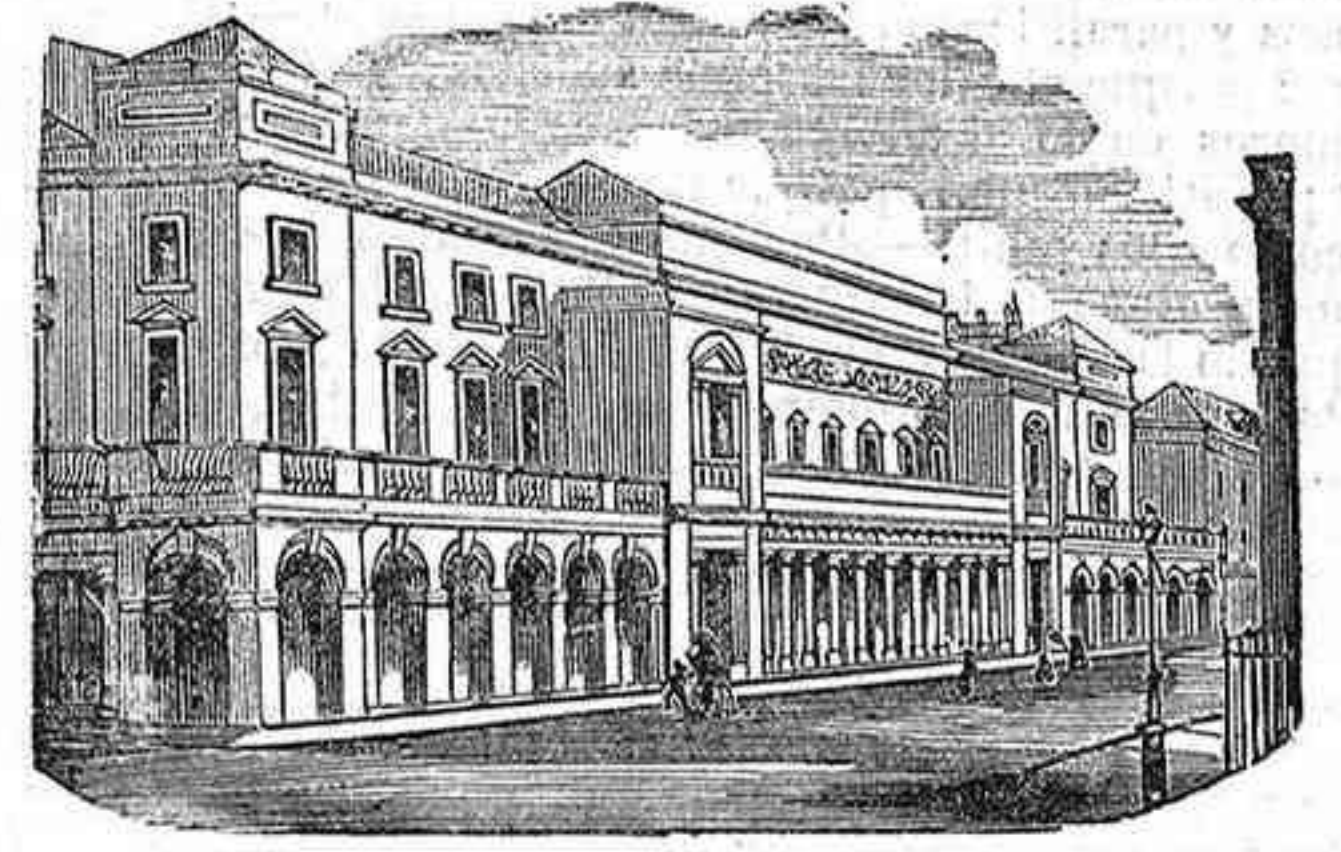
el oscurecer. Todos los dias de diez   once de la mañana, un regimiento de la guardia de   pi  con banda de música está all  de parada para el relevo.

(Continuará.)

UNA HERENCIA.

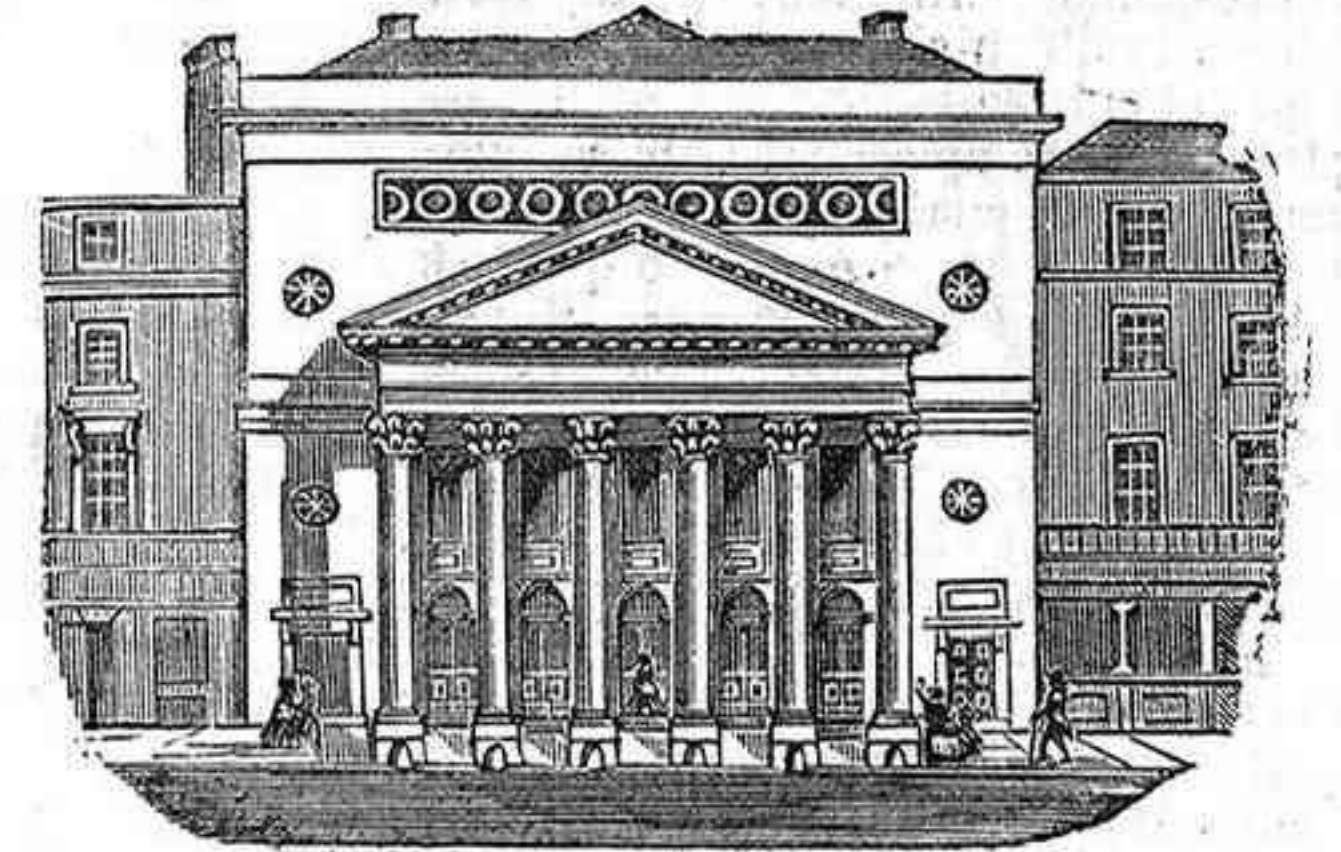
II.

Por fin el reloj de la iglesia inmediata acababa de dar las doce. Al oir maese Gottlieb tan solemne hora, abandon  precipitadamente su sillón, y corrió   colocarse frente   un



Her majesty's theatre.

grande espejo para asegurarse de que nada habia cambiado en la economia de su *toilette*; que nada en su vestido revelaba la agitacion y aun el desórden que reinaban en su alma. Todavía estaba contemplando su rostro, que   todo trance queria fingir majestuoso, cuando toda la calle se estremeció con el estrepitoso movimiento de la rueda de una pesada carroza, cuyo origen databa de medio siglo mas atrás. Sobresaltado maese Gottlieb corrió   enterarse: no hay duda, sus esperanzas no habian sido frustradas: los herederos del conde Segismundo llegaban presurosos   oir la lectura del testamento. Olvidando



The haymarket theatre.

por un efecto de su impaciencia su carácter de oficial público, se precipitó al pié de la escalera   recibir   sus nuevos clientes. La carroza acababa de hacer alto: un lacayo, vestido con librea color de naranja guarnecida de cordones azules y bastante maltratada por las injurias del tiempo, abrió la portezuela, bajó el estribo y ayudó   bajar   dos viejas señoritas, de las cuales la mas jóven no contaba menos de cincuenta años. Ambas estaban vestidas de negro: su andar grave y acompasado revelaba   las claras cuánto se estimaban   sí mismas y   la nobleza de su raza. Maese Gottlieb, colocado entre las dos, creia estar entre dos reinas; y es que jams habia visto talante tan soberbio, tan altanero. Así que, con el mayor res-

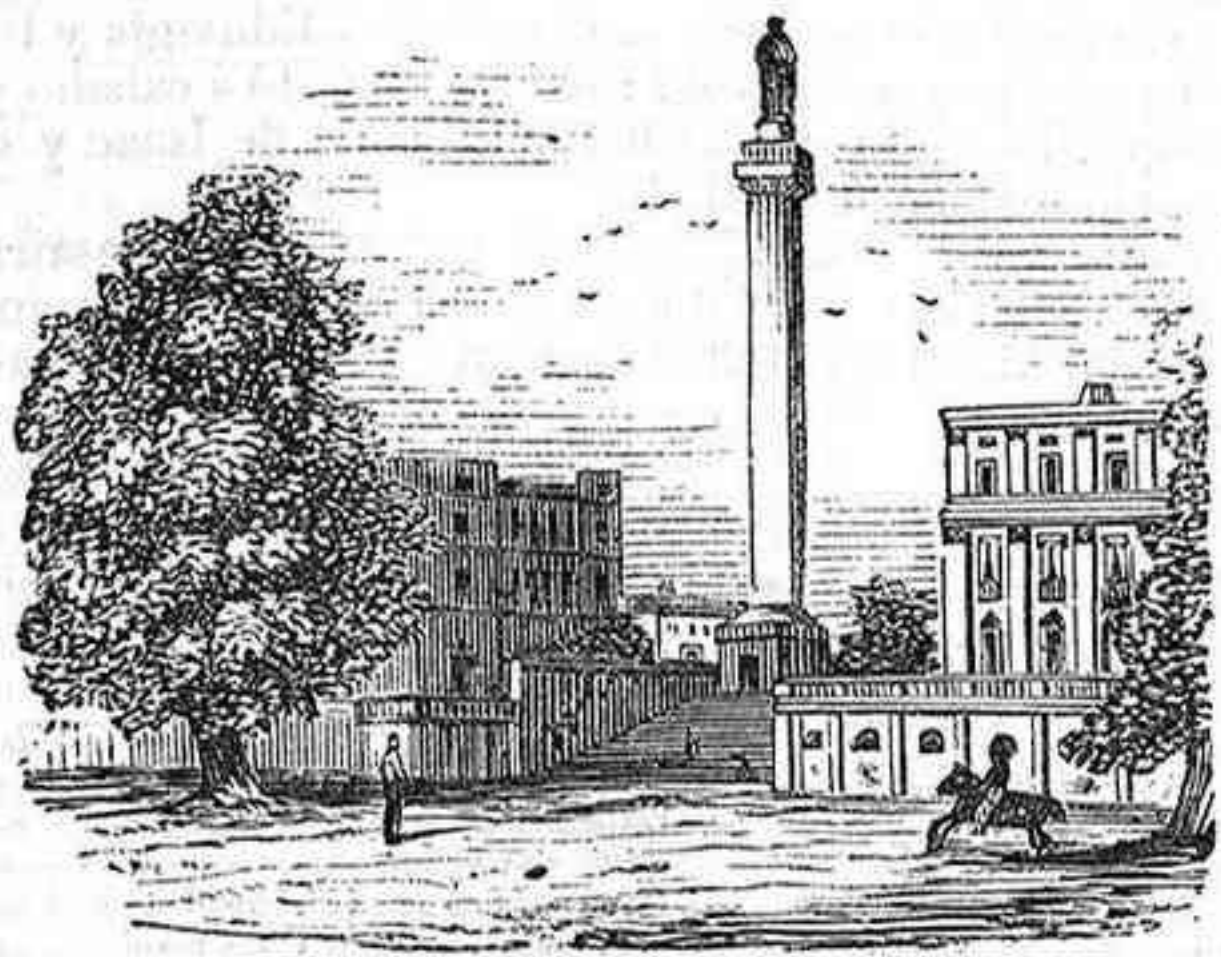


The athenæum club.

peto, las tomó por la mano y las condujo   la sala. Apenas tomaron asiento principiaron   hacer el elogio del difunto, enalteciendo su bondad, su generosidad, su carácter leal y caballeroso. Aunque maese Gottlieb no conocia el contenido del testamento que el conde Segismundo habia escrito de su propia mano y le habia entregado sellado,   mas bien porque no lo conocia, creyó prudente insinuar que el castillo de Hildesheim y la mejor parte de las propiedades pertenecieran necesariamente   las dos nobles señoritas.

—Ah, querido señor Gottlieb! dijeron á la vez Ulrica y Eduvigis. ¡Por qué no habrá permitido Su Divina Majestad que el bienaventurado no disfrutase de todo eso por mas tiempo! Porque habeis de tener entendido que era el honor, el sostenimiento de la familia y la providencia de los pobres.

Maese Gottlieb, fiel al papel que se habia trazado de antemano, comprendió al momento que era menester asociarse al



The York column.

dolor de las solteras: en su consecuencia sacó del bolsillo su pañuelo, é hizo como que se enjugaba las lágrimas.

—Teneis razon, dijo con el acento de la mas profunda pena; era una hermosa alma con gran corazon. No vivia, es verdad, como los demás; pero sus originalidades no hicieron nunca mal á nadie; teneis razon, señoritas, llorad, llorad al conde: cuantos le conocieron le lloran como vos.

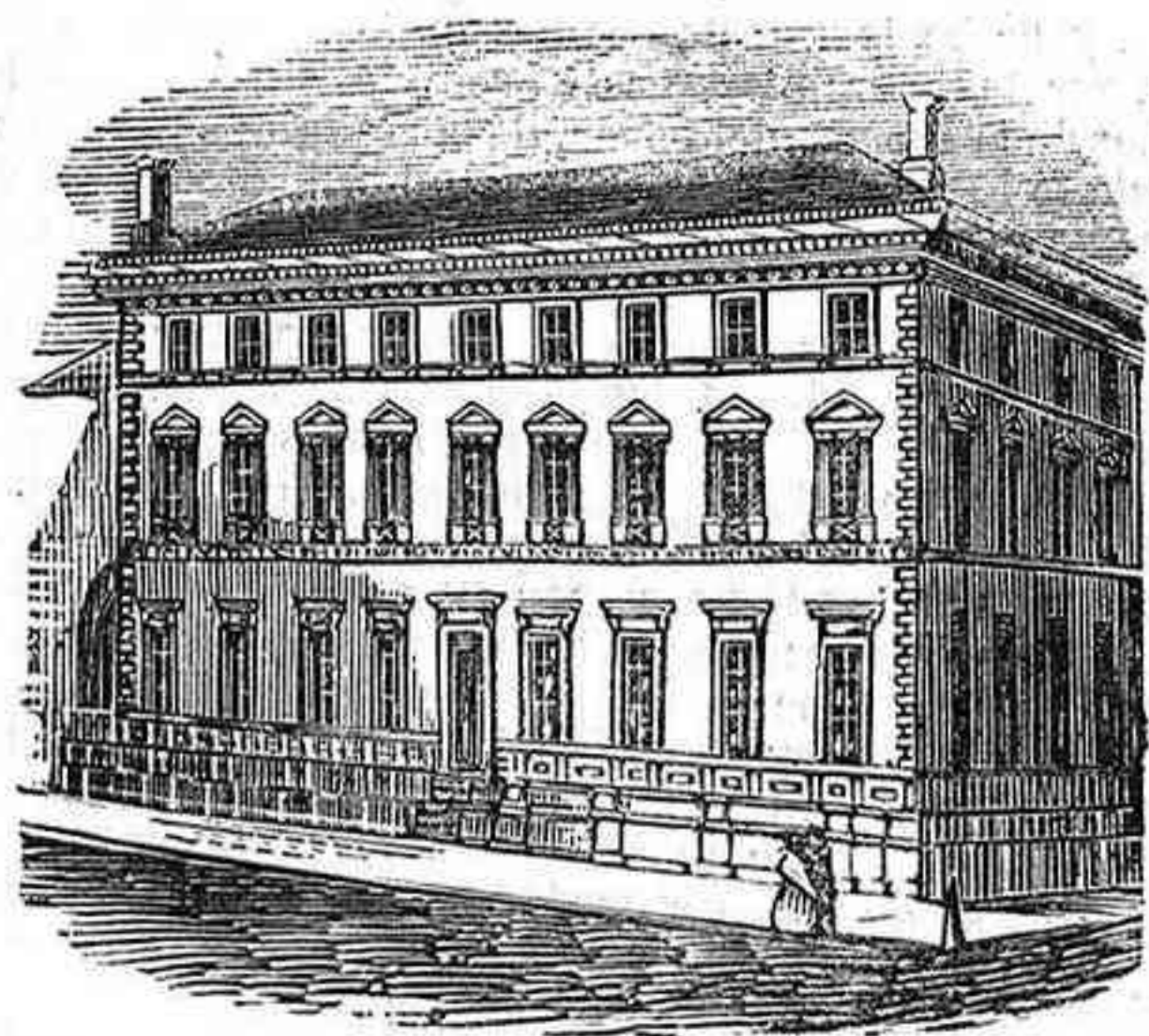
Y llevó de nuevo el pañuelo á los ojos. Una vez puesto en



H. R. H. The duke of York.

situacion maese Gottlieb, vió desarrollarse en él una elocuencia que antes no conocia: las palabras se agolpaban á sus labios.

—No solamente era bueno, añadió con voz enternecida, sino que era justo y sabia reconocer la afecion que inspiraba. Por eso apreciaba como debia las esquisitas atenciones que le dispensabais. Cada vez que yo le veia, cada vez que se dignaba comunicarme sus intenciones sobre sus intereses, me



The reform club.

hablaba de vos y de vuestro sobrino Federico con la mayor emocion.

Al oír estas palabras Ulrica y Eduvigis lanzaron á maese Gottlieb una mirada escrutadora, como si quisieran leer en sus ojos el secreto cuya revelacion hubiera embarazado grandemente al notario. Pero maese Gottlieb, diplomático consumado, continuó impenetrable; y por un exceso de prudencia se mordió los labios como si temiera haber hablado demasiado.

—¿De veras? repusieron á duo las solteras con aire com-

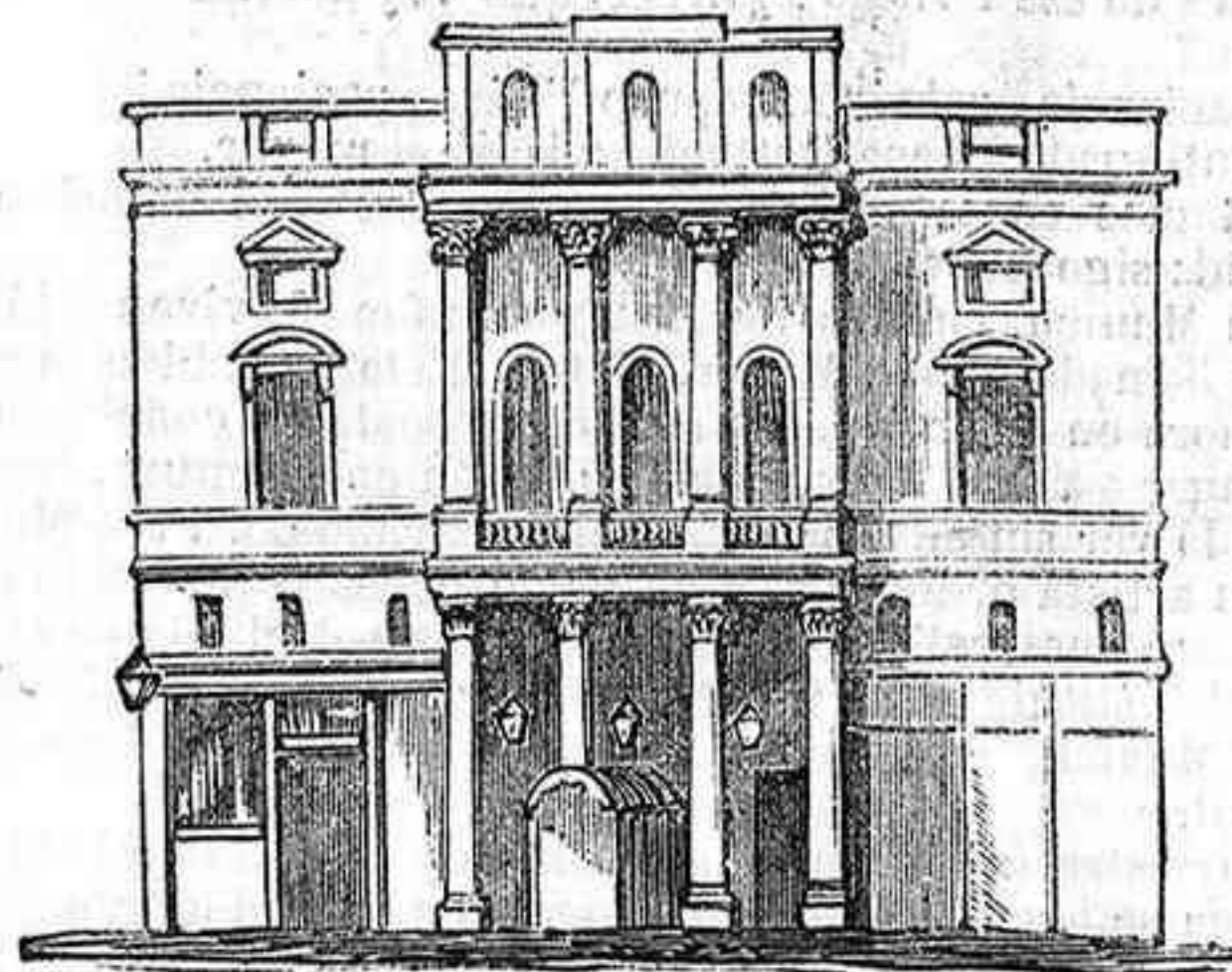
pungido; ¿de veras os ha hablado de nosotras y de nuestro sobrino? Dios sabe bien que nada esperabamos; al contrario, siempre creimos acabar antes que él, porque eso era lo natural; pero Dios se ha servido llamarlo á su seno. En tan triste situacion, ningunas manos mas dignas que las nuestras para recibir el legado de sus propiedades. Pues qué ¿habria quizá preferido los Bildmann?

—¡Imposible! respondió maese Gottlieb. El mayor es un insaciable gloton de dinero; y si el conde Segismundo hubiese tenido el extraño capricho de dar su preferencia á los Bildmann, no tardarian mucho los estados de Hildesheim en salir de la familia. ¡Imposible, imposible! Conocia á los Bildmann tan bien como vos.

Y volvió á morderse los labios creyendo haber cometido alguna indiscrecion. Luego, reponiéndose un poco, añadió:

—El conde Segismundo me honraba con toda su confianza, y aun me atrevo á decir que no la habia dispensado á un indigno de ella. Dentro de pocos instantes quizá vais á adquirir todos sus derechos; y yo espero, señoritas, que entonces no me rehusareis la clientela del castillo.

—No tengais cuidado, maese Gottlieb, respondió Ulrica.



St. James's theatre.

—Vos sois, añadió Eduvigis, quien estenderá el contrato de boda de nuestro querido sobrino.

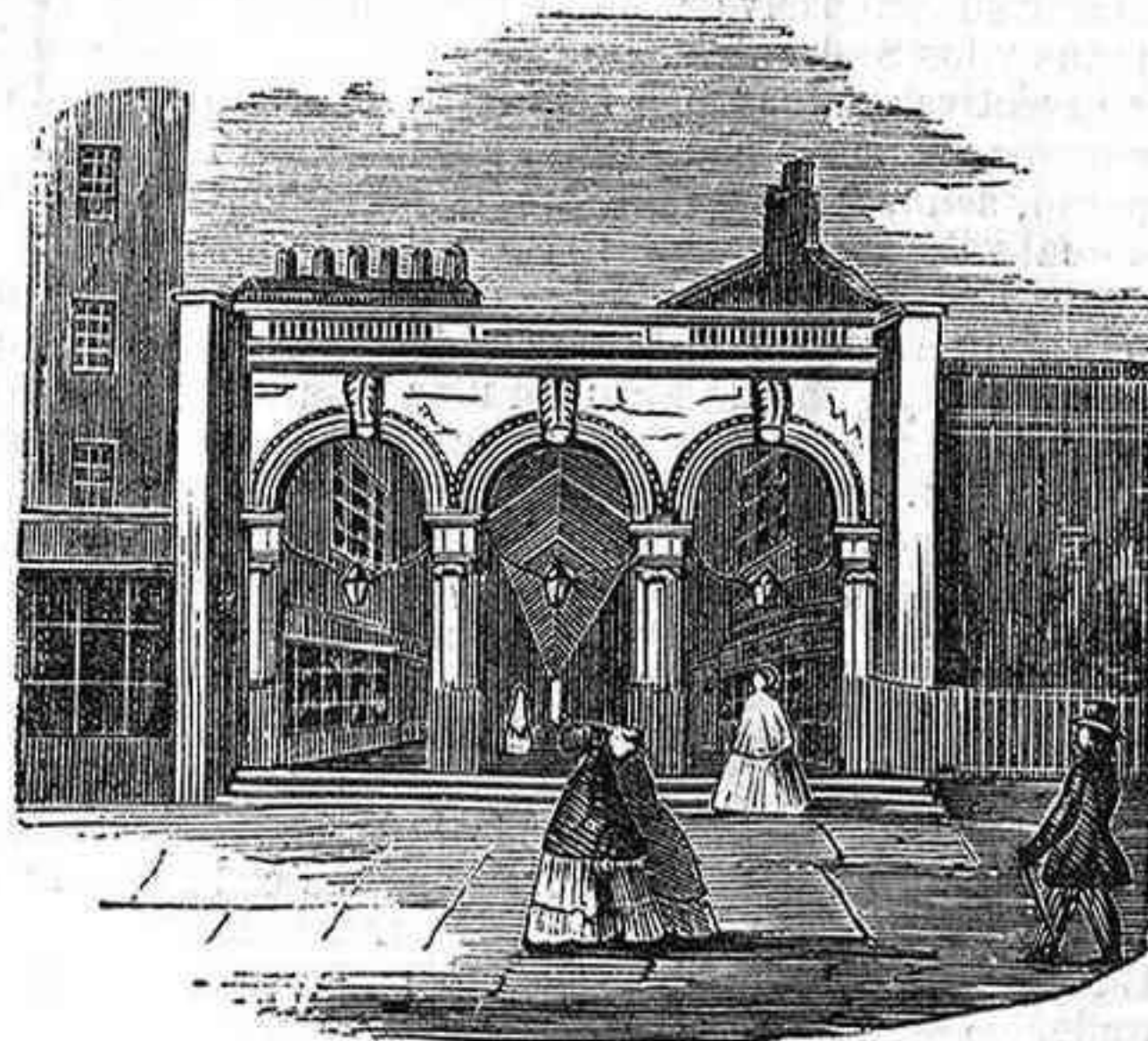
—Gracias, señoritas, mil gracias: estad seguras por vuestra parte de que si vuestro sobrino se digna otorgar su consentimiento, se unirá á una archiduquesa.

Estando en esto vino á pararse bajo las ventanas del salon una vieja berlina que hizo temblar toda la casa. Maese Gottlieb, después de hacer á las viejas una profunda reverencia, se dirigió á la escalera dando brinquetes con cierta coquetería impropia de su edad. El mayor Bildmann (porque él era el que llegaba acompañado de su preciosa mitad y de Isaac su digno hijo) no dió á maese Gottlieb tiempo para abrir la portezuela; sino que bajando él el primero, recibiendo en sus brazos á Dorotea y á su hijo, bañada la frente de sudor, y sin saludar siquiera:

—Tengo mucha sed, maese Gottlieb, dijo, tengo mucha sed: vengo de bastante lejos, y antes de oír la lectura del testamento deseo refrescar con cualquier cosa de provecho.

Y al acabar estas palabras remangó su cano bigote con la gravedad mas cómica del mundo.

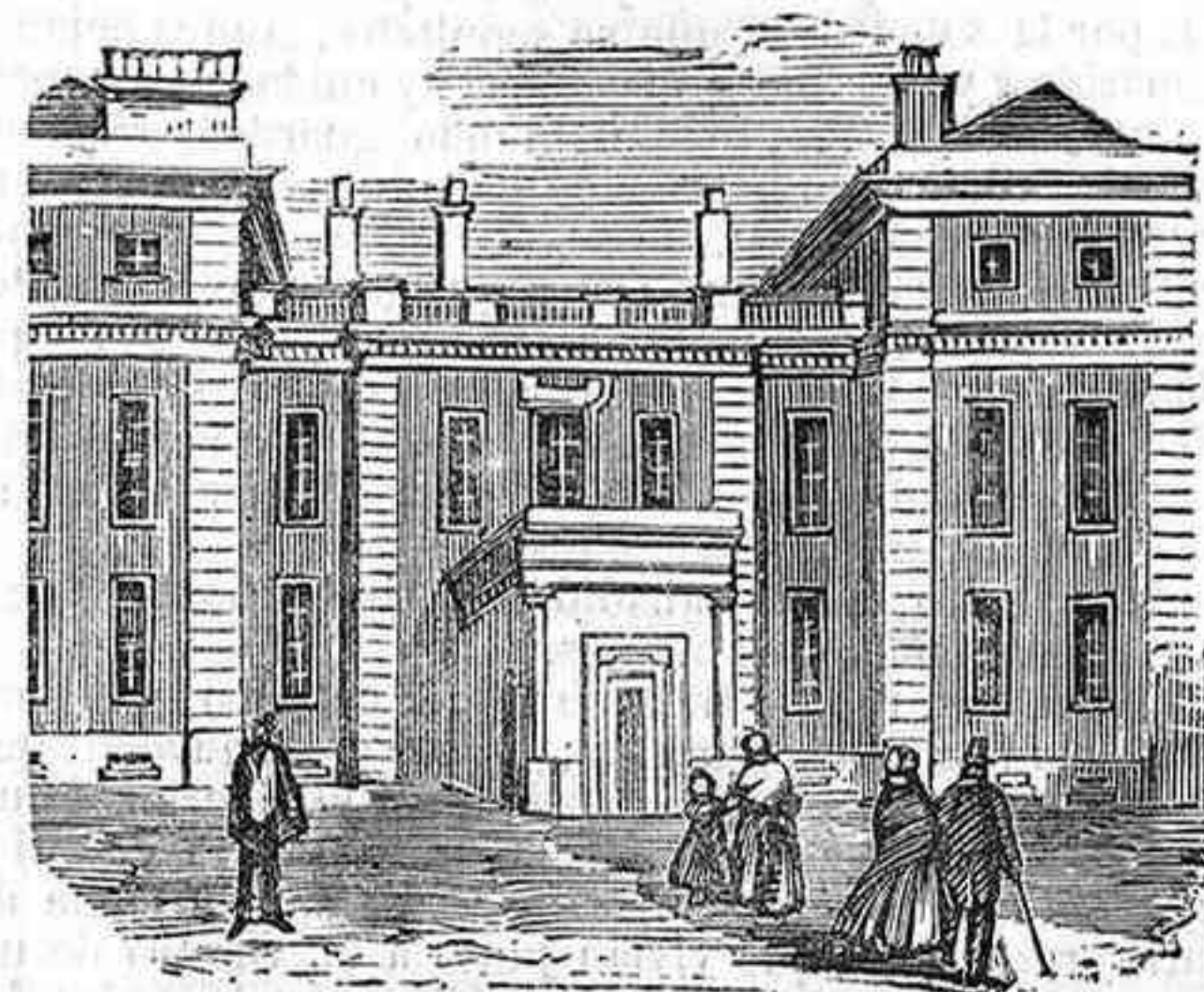
El mayor Bildmann era un hombre alto, de formas atléti-



Burlington arcade.

cas, y como de cincuenta años de edad: su pecho prominente y su cabeza echada hácia atrás revelaban sus hábitos militares; su rostro amoratado y sus mejillas de color de amapola, decian bien á las claras el género de vida que habia hecho en los últimos veinte años de su existencia. Por lo que respecta á Dorotea, sus mejillas hundidas, sus labios pálidos y delgados, sus ojos profundamente incrustados en el cráneo, su nariz afilada y aguileña la daban mucha semejanza con un ave de rapiña. El traje de ambos esposos estaba perfectamente de acuerdo con sus respectivas figuras. El mayor llevaba una levita cerrada á la polaca, color verde aceituna con alamares; pantalon de punto color de café, y bota de campana con borla. Dorotea llevaba un vestido de lana negra, cuya escasisima falda dibujaba con lastimosa fidelidad sus flacas formas. Para atenuar algun tanto el inconveniente color de su levita, el mayor habia envuelto su sombrero de fieltro gris en una gasa negra: Dorotea hacia juego con su marido llevando una papalina de viuda. El luto del chiquillo era lo que se puede llamar un luto improvisado. Dorotea, muger muy económica de suyo, no habia querido hacer la menor alteracion en la toilette de su hijo. Un pantalon de mahon abotonado en derredor del talle á una chaqueta de paño azul, medias rayadas y zapatos

de becerro componian el traje de Isaac. Dorotea habia apurado toda su habilidad, colocando en el sombrero de paja del niño, que todo lo mas podia valer un florin, una magnífica banda de gasa negra atada en forma de roseton, y cuyas puntas flotaban á merced del viento. El perfil de Isaac era exacta-

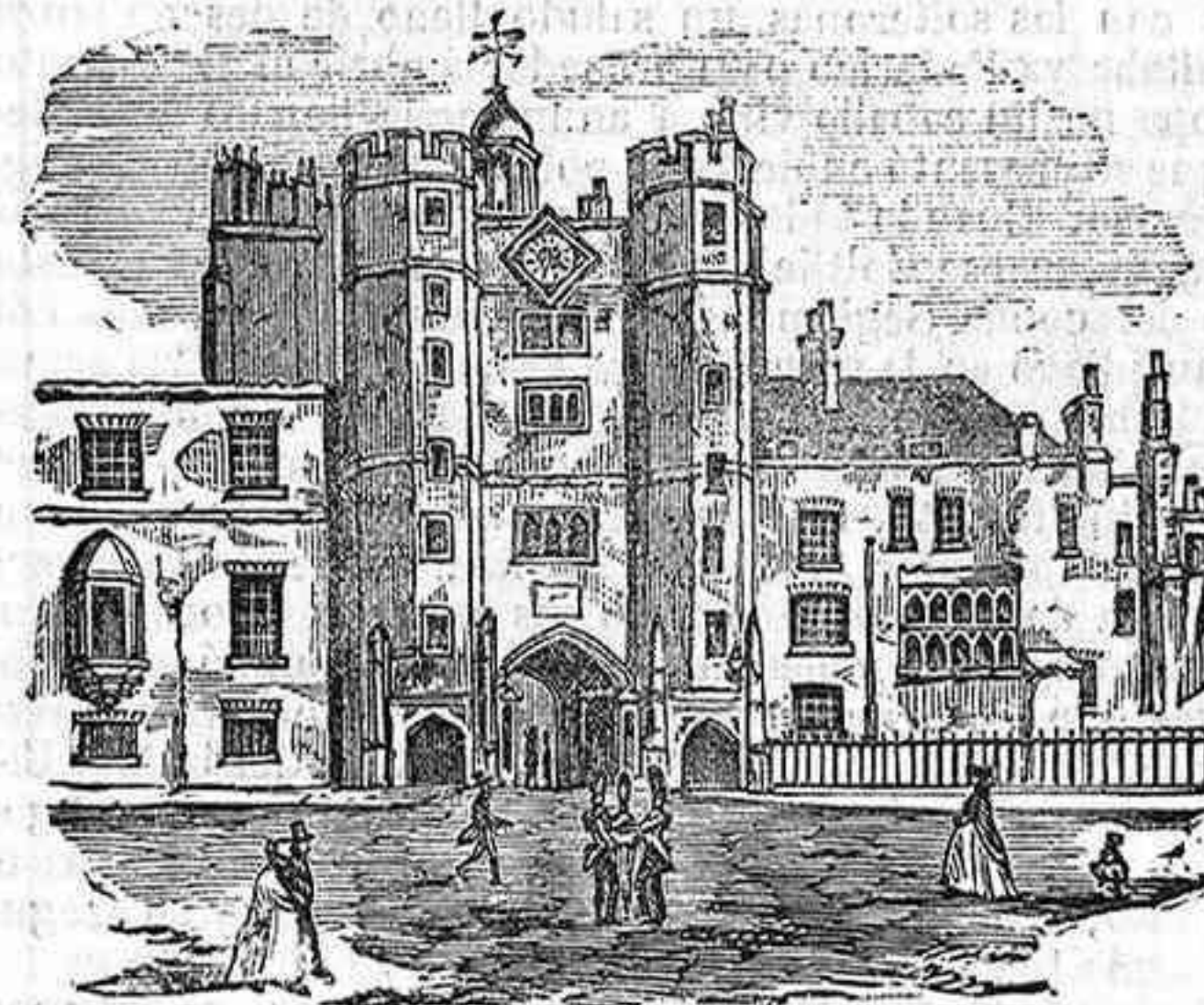


Marlborough house.

mente el de una rana: para obedecer á su madre, que le habia recomendado mucho guardar compostura y atenerse á las circunstancias, el pobre chico hacia un feo mohin que le hacia parecer enfadado mas bien que triste. Sus cabellos de color de ocre, cortados á manera de cepillo, dejaban ver en toda su fealdad su cara, precocemente aviejada, en donde se leian la malignidad y la travesura taimada.

Este gracioso trio, á cuya cabeza marchaba maese Gottlieb, hizo alto en el comedor. Apenas entró el mayor tomó asiento sin ceremonia, como si estuviese en su casa; y dando una amistosa palmadita en el vientre del tabelion:

—¡Hola, hola! Parece que nos esperabais y que haceis las cosas en grande: frutas... ¡muy bien! carnes fiambres... ¡bravísimo! botellas de añejo... ¡perfectamente!!! Pero decidme: ¿qué vino es ese que está impiamente encerrado en ese frasco? Porque habeis de advertir que tengo por costumbre refrescarme con un vaso de vino generoso.



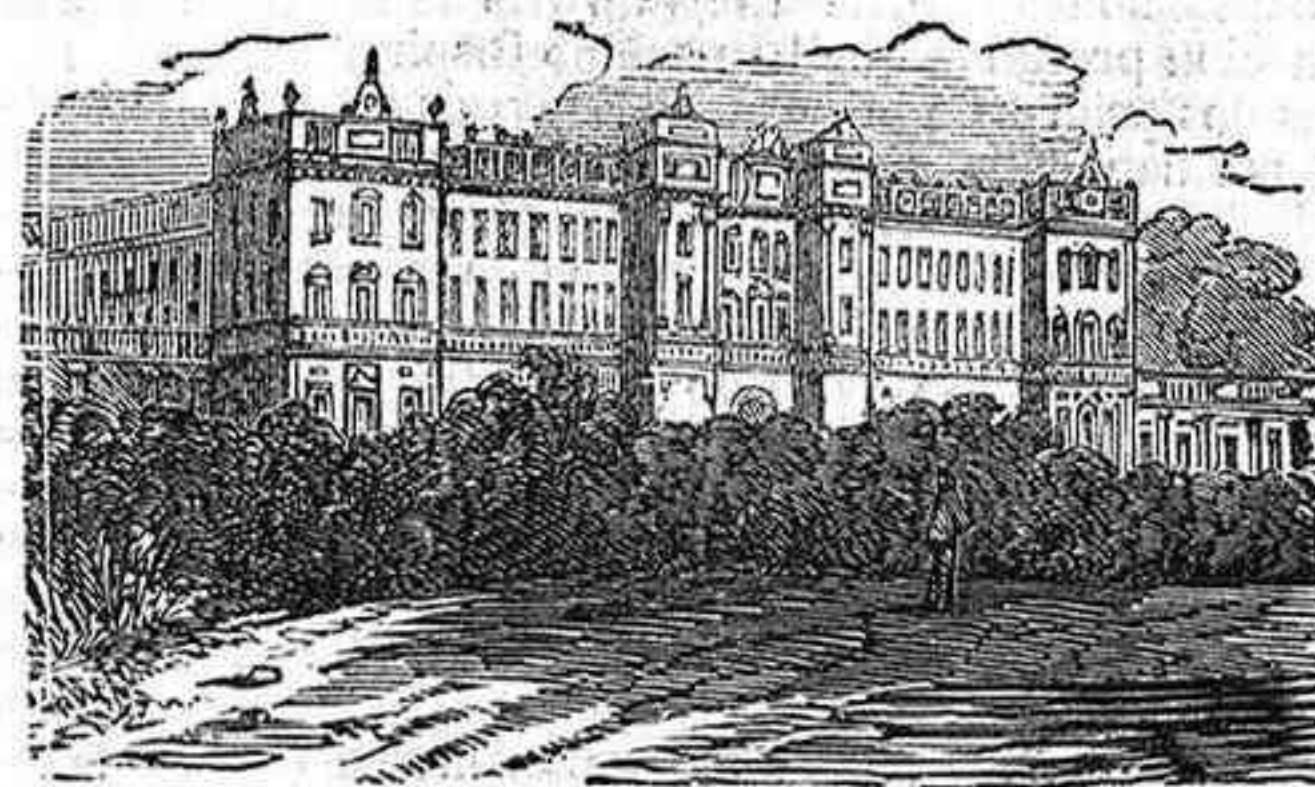
St. James's palace.

Y sin esperar la respuesta llenó una gran copa de vino de Madera, que vació de un solo trago.

—¡Buena bodega! maese Gottlieb, dijo en tono de proteccion. Si vuestro estudio es tan bueno, haceis sin duda excelentes negocios.

Luego, reponiéndose de repente como si hubiese comprendido que semejante lenguaje era impropio de la situacion, hizo un esfuerzo para dar cierto aire sentimental á sus avinadas mejillas, á sus gruesos y amoratados labios.

—Con que vamos, dijo, á oír la lectura del testamento. A pesar de sus rarezas, el conde Segismundo era en el fondo un pobre diablo. Estoy seguro de que habrá hecho buen partido al mayor Bildmann.



Buckingham palace.

—Y no os engañais en verdad, replicó maese Gottlieb; siempre me habló de vos con la mayor cordialidad. Os amaba de veras, y sabia lo que valeis. Apreciaba en su debido valor el precioso talento de Mad. Bildmann, y por lo que hace al niño Isaac, sus graciosas travesuras eran continuamente el objeto de las conversaciones del señor conde.

Al hablar así maese Gottlieb acariciaba afectuosamente al pequeño Bildmann, que ya alargaba el vaso á su padre en ademán de súplica.

—Es decir, repuso Dorotea con voz cascajosa, que el conde Segismundo os ha hablado algunas veces de nosotros. ¿No es verdad? Dios sabe que le queríamos sincera, profunda y desinteresadamente. Siempre que una lengua indiscreta ha intentado censurarle por sus viajes sin objeto, por su vida silenciosa, por la soledad en que se sepultaba, nunca dejáramos mi marido y yo de tomar su defensa; y cuidado que cuando nosotros hablábamos, todo el mundo guardaba silencio. ¡Ah! Indudablemente no habrá sido ingrato; al contrario, se habrá acordado de nosotros. De seguro habrá provisto generosamente á la educacion de nuestro querido niño Isaac. Por otra parte, ¿á quién mejor que á nosotros hubiera podido legar sus bellos estados? ¿A los Stolzenfels por ventura? Demasiado conocéis á maese Gottlieb, á Federico: bien veis la vida que hace. La propiedad de Hildesheim entre sus manos pronto se volvería agua.

—Humo, querida, humo, añadió con aire de importancia el mayor, retorciéndose los bigotes.

—Sí, le conozco, repuso Gottlieb; sí, le conozco, y el conde Segismundo lo conocía también; porque es de advertir que bajo la apariencia de la originalidad, bajo el exterior de un hombre distraído, el conde ocultaba un profundo criterio, una sagacidad poco común; bastábale un simple golpe de vista para juzgar á los que vivían junto á él. Dentro de un instante, señora, vais á conocer las últimas voluntades del conde. Preveo que habrá muchas esperanzas perdidas, muchas ambiciones frustradas. Federico, que ha vivido hasta aquí como un perdido, ten lá que arrimar el hombro, ó....

Y viendo que estas palabras imprimían en la fisonomía de Dorotea una espresion de alegría muy marcada, continuó:

—Sí, sí, este niño podrá aspirar un día á los más bellos, á los más ricos partidos de la Alemania. Todas las madres se disputarán el honor de ofrecerle sus hijas. El conde Segismundo me había acordado toda su confianza, y me atrevo á decir que no le había puesto en un ligno de ella. Dentro de pocos momentos vais quizá á heredar todos sus derechos, y entonces espero, señores, que no me rehusareis la clientela del castillo.

—No tengáis cuidado, maese Gottlieb, contestó con voz ronca el mayor, que acababa de apurar la tercera botella; contad con nosotros: vos seréis quien hurá el contrato de matrimonio de nuestro hijo y el testamento de mi muger. ¿No es verdad, Dorotea?

Ya hacia rato que maese Gottlieb estaba oyendo los inquietos pasos de Eduvigis y Ulrica; en consecuencia se resolvió á tomar la heroica determinacion de pasar al salon, acompañado de los recién venidos. El mayor y Dorotea cambiaron con las solteras un saludo lleno de desconfianza. Solo faltaba ya Federico para proceder á abrir el testamento: el galope de un caballo vino á anunciar la llegada de Federico, que se presentó cubierto de polvo y sudor y con el látigo en la mano. Cuando to los estuvieron reunidos en derredor de la mesa, maese Gottlieb fué á su estudio á buscar el testamento del conde Segismundo, regresando á poco rato con un gran pliego en la mano, sobre el cual brillaban las armas de Hildesheim. Eduvigis y Ulrica, el mayor y Dorotea abrazaban el pliego con su escrutadora mirada: Federico solo permanecía indiferente, sin parecer tomar parte alguna en la lectura que iba á dar principio. En fin, maese Gottlieb sacó de una caja de tafete encarnado sus anteojos de oro, y dándose cierto aire de solemne importancia rompió el sello. Mientras que Federico procuraba dibujar el perfil de maese Gottlieb en el polvo de sus botas con la punta del látigo, Ulrica y Dorotea se miraban al soslayo como dos perros dogos próximos á arrojarse el uno sobre el otro. Gottlieb foliaba el testamento, examinaba la letra de cada página, y se aseguraba de que todo estaba en orden.

—¡Vam's á ver! gritó bruscamente el mayor, ya estamos todos reunidos, ¿á qué esperáis?

—¡Poco á poco! replicó maese Gottlieb: ya tenemos aquí el testamento, que de seguro no se nos escapará. Pues bien: antes de empezar la lectura es de mi deber examinar si todo está en regla. Nosotros los oficiales públicos nada debemos hacer con ligereza, sino obrar siempre con mesura y precaucion.

En este momento todo entró en el más profundo silencio: de seguro se hubiera podido oír el vuelo de las moscas, que sea dicho de paso, abundaban en la sala de maese Gottlieb.

El notario tosó tres veces, se sonó otras tantas, y leyó en alta voz lo que sigue:

«Esta es la espresion fiel de mis últimas voluntades.

«Deseo y entiendo que se ejecuten punto por punto.

«Mi familia no me ha dado motivos más que para alabarla.

«Mi alma está penetrada de reconocimiento á los cuidados de que me rodean mis parientes; y espero que verán en mis últimas disposiciones la prueba terminante de mi gratitud y de la estimacion profunda que han sabido inspirarme.

«Las dos primas de mi madre, Eduvigis y Ulrica de Stolzenfels me han dado siempre repetidos testimonios de su afecto desinteresado. Para dejarme mas libre tuvieron la bondad de encargarse de la administracion de mi casa. Han vigilado la gestion de mis propiedades con una actividad y un celo que ni un solo instante han sido desmentidos. Federico, con su jovialidad y su juventud, logró intro lucir en mi castillo un poco de vida y de movimiento. A él debo las únicas distracciones que he tenido en mis últimos años. Desde que vinieron á establecerse bajo mi propio techo, los Stolzenfels han sido para mí unos amigos tiernos y leales: jamás he sorprendido ni en sus palabras ni en sus acciones el menor pensamiento de avaricia. Esta constante abnegacion me ha penetrado de admiracion y respeto; por lo mismo quiero que comprendan que he sabido apreciar dignamente su conducta.»

Al llegar aquí, Ulrica y Eduvigis rebosando orgullo lanzaron sobre el mayor y Dorotea una mirada de triunfo y desprecio. Federico, por el contrario, había acabado el retrato de maese Gottlieb que había empezado en una de sus botas, y se preparaba á hacer en la otra el de Isaac. El mayor agachaba las orejas como si hubiese perdido la partida: Dorotea, menos abatida que su marido, devora con los ojos á maese Gottlieb, suplicándole que continuase. El notario, viendo ya á los Stolzenfels dueños del castillo de Hildesheim, les dirigía una sonrisa complaciente, sin apercibirse siquiera de la impaciencia que consumía á Dorotea. El chiquillo acababa de decorar la escena royendo unos bizcochos que había robado en el co-

medor del tabelion. Después de algunos instantes de silencio, este continuó:

«La franqueza y la lealtad del mayor Bildmann me han servido del mayor consuelo en medio de las infinitas decepciones que he sufrido en mi juventud.»

A la vez el mayor levantó su cabeza, y Dorotea abrasó á las viejas solteras con una mirada indefinible.

«El celo afectuoso de Mad. Bildmann, continuó el notario, ha rivalizado con el de las primas de mi madre; y lo que daba á esta lucha un carácter augusto y sublime era la ausencia absoluta de toda mira interesada. En cambio de tantos cuidados y de tanto esmero, los Bildmann y los Stolzenfels nada pedían, nada esperaban sino mi afecto. Los Stolzenfels como los Bildmann son muy dignos de mi gratitud.»

Al leer esta última frase, maese Gottlieb se encontraba honrosamente embarazado sin saber á qué lado sonreír á todo el mundo. En cuanto á los partidos beligerantes, confundidos en un mismo reconocimiento por las palabras de Segismundo, habían cambiado de actitud: no creyendo ya en la posesion absoluta, se resignaban con la participacion.

—Vamos claros, dijo Federico: ¿pensábais acabar pronto la lectura de ese farrago? ¿Creéis que voy á estar aquí hasta la noche?

—¡Paciencia, sobrino, repuso Ulrica, paciencia!

—Continuad, maese Gottlieb, añadió el mayor.

—Estamos en la última página, contestó el notario con gravedad: siga pues.

«En Munich, calle de los Armeros, núm. 9, vive un joven músico llamado Franz Muller. Este artista ha sabido buscar hasta ahora en su trabajo los medios de sostener con decencia á su muger y á sus hijos, que lo quieren con ternura. Nunca he podido ver sin envidia este feliz matrimonio. Pero Muller no es un artista ordinario, y su genio necesita de cierto desahogo para desarrollarse. En consecuencia declaro que es mi voluntad instituir como instituyó á Franz Muller, músico que vive en Munich, calle de los Armeros, núm. 9, mi heredero universal.»

Al oír estas últimas palabras, Ulrica y Eduvigis, el mayor y Dorotea se levantaron de sus asientos como impulsados por un resorte, y lanzaron un grito de sorpresa. En cambio Federico soltó una estrepitosa carcajada.

—Bravo! gritó restregándose las manos; bravísimo, primo mio! Magnífico!!! El conde Segismundo ha vivido y ha muerto como un verdadero estravagante.

—Es una vergüenza, una infamia, repitieron en coro las viejas, el mayor y Dorotea, encendidos en cólera.

—Bien decía yo que estaba loco, añadió esta: no debía admirarnos esto.

—Era indigno de nuestras bondades, repuso Ulrica; indigno de los cuidados que le hemos prodigado.

—Atacaremos el testamento, añadió el mayor con voz de trueno, y probaremos que estaba demente.

—Sí, repitieron todos, atacaremos el testamento.

—No hareis tal, repuso Federico con tono firme y resuelto. No hareis tal, vive Dios! Todos habeis dormido bajo su techo; todos habeis comido de su pan; ha sido un excelente hombre para todos nosotros. Si alguno de los presentes pretende atacar sus últimas disposiciones, declaro aquí que no lo permitiré y que sabré hacerlas respetar.

Dijo, y dirigió al mayor una mirada aterradora.

En medio de esta escena maese Gottlieb no sabia por dónde andaba. Alternativamente había dirigido sus sonrisas á los Stolzenfels y á los Bildmanns: de suerte que para llenar por entero su papel debía ahora sonreír á Muller. Mas no teniendo en su presencia el legatario del conde Segismundo, se resolvió á reposar su compasiva y un tanto irónica mirada sobre los Bildmanns y los Stolzenfels. De todos modos, como los gritos y las invectivas no cesaban un instante, se vió obligado á levantar la voz, diciendo con aire de autoridad:

—Esperad, señores, esperad, que todavía no he concluido.

Cada cual volvió á su asiento: Maese Gottlieb continuó:

«Deseando asegurar después de mi muerte el bienestar de mis colonos, que me acuso de haber descuidado demasiado durante mi vida, quiero que Franz Muller habite el castillo de Hildesheim nueve meses del año, y que no despida á ninguno de mis servidores.»

«Por lo que hace á mis muy caros parientes los Stolzenfels y los Bildmanns, no quiero que se haga cambio alguno, sino que vivan en el castillo como hasta aquí.»

—¡Jamás! gritaron á la vez Bildmanns y Stolzenfels; jamás!

—Esperad, señores, interrumpió Gottlieb, esperad un poco: todavía no he concluido.

«Deseando, continuó, asegurar la independenciam de mis muy caros parientes, quiero que Muller pague cada año á Ulrica de Stolzenfels mil florines.

»A Eduvigis de Stolzenfels mil florines.

»A Federico de Stolzenfels mil florines.

»Al mayor Bildmann dos mil florines, reversibles en caso de muerte á su esposa Dorotea.

«Quiero también que de las rentas del primer año tome una suma de diez mil florines, cuyos intereses serán capitalizados hasta la mayoría de Isaac. En esta época la cantidad formada por los intereses unidos al capital, será puesta á disposicion de Isaac Bildmann y le servirá de dote para que se establezca.»

Concedo á Federico de Stolzenfels el libre uso de mis caballos, de mis perros, y el derecho de caza en mis establos.»

—Gracias, primo, gracias, interrumpió Federico haciendo un perfecto saludo militar.

«Uno al presente testamento una melodia tiroleza; y deseo que esta música sea grabada sobre mi tumba para que me sirva de epitafio.»

«Tales son mis últimas voluntades. Espero que mis muy caros parientes vivirán en paz con el nuevo huésped que debe reemplazarme. Si en el mundo desconocido, donde me encontraré muy pronto, nos es permitido ver lo que pasa en la tierra, me regocijaré en extremo de su union y de su felicidad.»

«Hecho y firmado en mi castillo Hildesheim á 17 de marzo de 1825.

EL CONDE SEGISMUNDO DE HILDESHEIM.

—¡Es una infamia! ¡Es una vergüenza! Nos han despojado,

nos han robado. nos han asesinado, gritaron á la vez Ulrica y Eduvigis, Dorotea y el mayor.

Cuando se disponían para marchar, maese Gottlieb quiso consolarles instándoles á que pasasen al comedor. Las tres mugeres rechazaron indignadas la proposicion, que se asemejaba grandemente á un escarnio. El mayor, al contrario hubiera dicho de buena gana dos palabritas á cierta botella cuyas trazas le agradaban en extremo; pero Dorotea lo arrastró fuera de la sala, echándole en cara su glotonería. Eduvigis y Ulrica subieron á su enorme carroza: Federico montó á caballo y salió á galope, llevando en una bota el retrato de Isaac y en la otra el perfil de maese Gottlieb.

Este una vez, y viendo que sus convidados desairaban sus aprestos, llamó al oficial primero de su estudio, y juntos descorcharon algunas botellas en honra y gloria del legatario ausente.

(Continuará.)

EL CARDENAL CISNEROS.

Quando se considera la variedad, la grandeza y el éxito de las empresas de este gran ministro durante una regencia que no duró mas que veinte meses, se duda si merezca mas elogios por su sagacidad en el consejo, por su prudencia en las revoluciones ó por su audacia en la ejecución.
ROBERTSON.—(Historia de Carlos V.)

Un fenómeno notable, y poco observado, bajo cierto punto de vista, se presenta en la historia: es el papel desempeñado por los grandes hombres de la Iglesia en los negocios del mundo; sombrío ó brillante, por los vicios ó por las virtudes, por la desgracia ó por el éxito, este papel ha sido siempre considerable; ha pesado sobre los destinos de los pueblos; los ha engrandecido ó humillado; se ha apoderado de todas las páginas de la historia, y en cada una de ellas ha escrito un nombre: Gerver, Hildebrando, S. Bernardo, el venerable Pedro, Guillermo de Champeaux, Sto. Tomás de Aquino, Lugers Torquemada, Ignacio de Loyola, Julio II, Leon X, Cisneros, Wolsey, Richelieu, Mazarino, Dubois, Fleury, etc., etc. Lo mas notable todavía es que todos ó casi todos han sido fieles al origen y á la organizacion democrática del clero, y que su genio se ha ejercitado sobre todo en la lucha contra la aristocracia, ya en provecho de la monarquía, ya en beneficio del pueblo. Se han servido con maravilloso éxito de sus luces, superiores á las de los siglos en que vivían, de su conocimiento del corazon humano, de la influencia que ejercían en nombre de la religion para ganar la causa de la fé y de la civilizacion, dos cosas unidas, la primera mandando en cierto modo á la segunda, creándola, imprimiéndola el movimiento y la fuerza, protegiéndola contra las reacciones de la ignorancia, dirigiéndola en su camino, y sosteniéndola con poderosa mano sobre las olas de la barbarie, de la guerra y de la corrupcion.

Ellos solos tuvieron hasta el siglo XVI lo que yo llamaria la ciencia de dirigir los negocios, porque ellos solos tenían una ciencia, una actividad y un fin común. Los pueblos que inundaron y sumergieron el imperio romano, no salían de sus selvas del Norte y Nordeste, ese laboratorio del género humano, segun dice un grande historiador, mas que por el deseo del pillaje; no tenían patria, ni leyes, ni costumbres, sino únicamente apetitos é instintos; marchaban con irresistible violencia, destruyendo á sangre y fuego las comarcas que recorrían, saqueando y haciendo cautivos, y sin tomarse apenas el trabajo de formar nuevos establecimientos. Desde la muerte de Teodosio hasta la irrupcion de los lombardos en Italia, cerca de dos siglos, de 395 á 571, la Europa se vió entregada á la desesperacion y á la ruina; todo desapareció: las ciudades, la industria, el comercio, las leyes, las artes, la civilizacion; y los testigos oculares comparan los excesos cometidos por los bárbaros, á la destruccion de los terremotos y del diluvio, calamidades las mas funestas y sensibles que pueden concebir la imaginacion.

Una sola cosa quedó en pié, el Cristianismo, que reconstruyó la sociedad europea con ayuda de estos bárbaros, cuyos jefes habían sido llamados el azote de Dios y los destructores de las naciones. El Cristianismo penetró hasta los sajones en Inglaterra, hasta los francos en las Galias, hasta los hunos en Pannonia, hasta los godos de España, y hasta los lombardos de Italia; los venció y subyugó con la espada de la palabra, y de este desastre universal, de las tinieblas de ese caos, hizo salir los rudimentos de los gobiernos, de las constituciones y de las leyes establecidas en Europa. Sacerdotes, monjes, ascetas, cumplieron este prodigio, sin ninguno de los prestigios de la fuerza, del poder, de la riqueza; sino con ayuda de esta fé invencible y de esta virtud brillante, que debían oscurecerse mas tarde por la supersticion y el fanatismo, para brillar después y legar á la humanidad nuevos beneficios.

Armados del triple poder de reunir, organizar y civilizar los grandes hombres de la Iglesia, debían necesariamente desempeñar el papel considerable de que hemos hablado, y llenar la escena del mundo con su influencia. Si desde el fin del siglo VII hasta el XI, durante ese período que vió el régimen feudal establecerse en Europa, con su escolta de usurpaciones, de violencias y guerras civiles, brillaron algunas luminarias aquí y allí, en medio de las mas espesas tinieblas, salieron de los monasterios; si á principios del siglo XI vino la primera cruzada á arrancar á la Europa del letargo en que se hallaba sumida y á abrir un nuevo mundo á las naciones de Occidente, se debió á S. Bernardo, á Urbano II y á Pedro el Ermitaño; si las guerras feudales y la costumbre del combate judicial se debilitaron poco á poco y llegaron á desaparecer, se debe á la Iglesia y á los concilios, que intimaron á los hombres en nombre de Dios, que volvieron la espada á la vaina, y respetaron los lazos sagrados que los unían como cristianos y como miembros de una misma sociedad; si las costumbres se suavizaron y la cortesía reemplazó á la violencia; si la humanidad, la justicia y el honor comenzaron á ser respetados en la nueva sociedad, se debe á las mismas influencias; si la feudalidad acabó de perecer, se debió en Francia al cardenal Richelieu y en España al cardenal Cisneros; por último, si hasta el siglo XVI la sociedad europea marchó hácia una civilizacion más perfecta, es que obedecía á un pensamiento, que á pesar de prolongados dolores y crueles pruebas no había cesado de animarla un momento; es que todas sus partes es-

estaban inspiradas por el mismo poderoso soplo, es que el mismo objeto, alumbrado siempre por la antorcha del Cristianismo, se manifestaba á todos los pueblos á la vez.

Las inteligencias reflexivas deberían inventar una historia razonada de este papel y de esta influencia, á contar desde los primeros siglos de la Iglesia, y nos admiramos de que á pesar de esos vastos depósitos de nuestras ciudades, en que abundan las pruebas y los documentos, no se haya escrito todavía. No dudamos que proporcionaría lecciones graves y luminosas. Pero en esta época los escritores se ven dominados por otras preocupaciones, y siempre que la historia, desviada de su camino, proporcione argumentos para la polémica presente, no se cuidan de llegar hasta la verdad eterna, y tocar en los manantiales de que se alimenta la humanidad.

El cardenal Cisneros ha tenido su parte, y mucha parte en el papel de que hemos hablado; fué para España lo que Richelieu fué para Francia; los dos arrancaron las últimas raíces con que la feudalidad había cubierto el suelo de ambos países: ambos á dos vencieron los obstáculos que la monarquía, desembarazada de sus mantillas, encontraba en su marcha, y si el primero profanó el reinado de Carlos V, el segundo fundó las poderosas bases sobre las que se sentó esplendorosa y tranquila la monarquía de Luis XIV. No proyectamos escribir una biografía y seguir paso á paso, desde la cuna al féretro, la vida de un hombre que tan importante puesto tuvo en el siglo XVI; estos renglones apenas tienen la pretensión de ser un bosquejo, cuando mas el vestíbulo, por decirlo así, de un estudio que no está hecho; pero para que este bosquejo sea de alguna utilidad, hemos pensado que el conocimiento de la España desde la invasión de los vándalos y godos era necesario para apreciar mejor el punto en que el cardenal Cisneros ejerció su influencia.

Tomaremos del *Cuadro de la Europa*, de Robertson, algunos párrafos, en que se describen las transformaciones sucesivas de España, con aquel raro vigor y luminosa sencillez que distinguen al célebre historiador.

«Los vándalos y godos que destruyeron el poder romano en España establecieron una nueva forma de gobierno, apealando á costumbres y leyes absolutamente semejantes á las que las otras tribus victoriosas del Norte habían aportado al resto de Europa. Durante algun tiempo el estado social se perfeccionó entre los nuevos habitantes de Europa, pasando por los mismos grados y siguiendo la misma direccion que en los demás países europeos; pero la invasión de los sarracenos ó de los moros vino á detener de pronto estos progresos. Los godos no pudieron resistir á pueblos cuyo valor estaba exaltado por el entusiasmo; los moros subyugaron la España con esa rápida impetuosidad que distingue todas las operaciones de sus armas. Los conquistadores introdujeron en el país donde se establecieron la religion mahometana, la lengua árabe y las costumbres de Oriente, así como el gusto á las artes, el lujo y la elegancia que los califas habían empezado á cultivar en sus estados.

«Algunos nobles godos que rehusaron someterse al yugo de los moros, fueron á refugiarse á las inaccesibles montañas de Asturias, contentos por haber conservado en su asilo el ejercicio de la religion cristiana y la autoridad de sus antiguas leyes. Un gran número de los mas valientes de sus compatriotas se unió á ellos, formaron pequeñas partidas, que de improviso caian sobre los puntos mas cercanos donde se hallaban los moros; pero en estas cortas y frecuentes escursiones no trataban mas que de saquear y vengarse, sin pensar en conquistar. Sin embargo, sus fuerzas se aumentaron y sus miras se extendieron por grados, establecieron entre sí un gobierno regular, y empezaron á formar el proyecto de traspasar los límites de su dominio. Continuaron sus ataques con un ardor siempre creciente y animado por el celo de la religion, por la sed de venganza y por la esperanza de librar á su país del yugo de la opresion. Sus operaciones fueron conducidas con el valor natural á hombres que no tenían otra ocupacion que la guerra, y que eran extraños á las artes que corrompen las costumbres. Los moros por el contrario, perdieron por grados muchas de las ventajas á que habían debido sus mayores victorias; se habían hecho enteramente independientes de los califas; despreciaron conservar seguida correspondencia con sus compatriotas de Africa; su imperio en España se había dividido en pequeños reinos; por último, las artes que cultivaban y el lujo que producian estas, habían disminuido entre ellos el vigor del espíritu guerrero. Los moros eran, á pesar de todo, un pueblo vacilante, y que tenía grandes recursos. Segun el estilo pomposo de los historiadores españoles, transcurrieron ocho siglos de guerra no interrumpida, y se dieron tres mil setecientas batallas, antes que el último reino de los moros fuera sometido á las armas cristianas.

«Las conquistas de los cristianos sobre los mahometanos se habían hecho en diferentes tiempos y bajo diferentes jefes, y cada uno de ellos formó un estado independiente del territorio que había librado del enemigo comun. La España se dividió en tantos reinos distintos cuantas provincias tenía, y cada ciudad considerable tuvo su soberano, que estableció en ella su trono, y desplegó todo el aparato de la monarquía. Llegó á suceder, que al cabo de cierto número de años, por las revoluciones ordinarias de los matrimonios, sucesiones y conquistas, todos estos pequeños principados se encontraron agregados á los reinos de Castilla y Aragon: por último, el dichoso enlace de Fernando, rey de Aragon, con Isabel, á quien el amor de sus súbditos había elevado al trono, reunió en una misma familia todas las coronas de España.

«En esta época fué cuando la constitucion política de España empezó á tomar una forma constante y regular; desde entonces se puede conocer el genio de su gobierno, y señalar con exactitud los progresos de sus leyes y sus costumbres. A pesar de la revolucion extraordinaria que se había hecho en España, y el destino tan singular que la tuvo por tanto tiempo sujeta al yugo de los mahometanos, los usos introducidos por los vándalos y godos habían echado tan profundas raíces, y se habían unido tan perfectamente al espíritu y forma del gobierno, que en todas las provincias reconquistadas por los cristianos se observa que el estado de los individuos y la constitucion política fueron con poca diferencia las mismas que en las demás naciones de Europa. Las tierras eran poseídas con las mismas condiciones; la justicia era ad-

ministrada con las mismas formalidades; la nobleza se arrogaba los mismos privilegios, y las cortes ó los estados generales ejercian la misma autoridad. Muchas circunstancias contribuyeron á mantener así en España las instituciones feudales, á pesar de que parecía que las habían destruido los moros. Los españoles que se habían librado del yugo de los mahometanos permanecieron apegados á sus antiguas costumbres, menos por aficion á esas mismas costumbres que por antipatía á los moros, cuyos principios acerca del gobierno y de la propiedad de los bienes eran directamente opuestos á las leyes de los feudos. Tampoco se abolieron enteramente las instituciones antiguas entre los que se sometieron al vencedor, y consintieron en ser súbditos suyos: se les permitió conservar su religion, sus leyes sobre la propiedad, sus formas en la administracion de justicia, y el modo de cobrar los impuestos. Los sectarios de Mahoma son los únicos entusiastas que han unido el espíritu de tolerancia con el celo del proselitismo, y que tomando las armas para extender y propagar la doctrina de su profeta, han permitido al mismo tiempo á los que no las querian admitir permanecer unidos á sus opiniones y á la práctica de sus cultos. Si las costumbres y leyes antiguas han resistido en España á las violentas sacudidas de una conquista, si han continuado todavía á pesar del establecimiento de una nueva religion y de una nueva forma de gobierno, se debe á ese carácter singular del mahometismo, y al deseo que tenían los moros de que los vencidos apreciaran su dominacion. Se ve claramente por todas estas circunstancias, que debió ser muy fácil á los cristianos restablecer las costumbres y leyes sobre los antiguos fundamentos en todas las provincias de España que fueron sucesivamente librando del yugo de los moros. El mayor número de los españoles había conservado tanto afecto á las leyes, que el pueblo deseaba ardientemente ver restablecidas unas y otras en toda su fuerza y someterse á su autoridad.»

Robertson describe en seguida la naturaleza de las instituciones feudales en España, después que los moros habían sido definitivamente relegados á Africa. Estas instituciones restringian la autoridad real mas que en ningun otro país de Europa, y el soberano no poseía, por decirlo así, mas que una sombra de poder. Incluidos sin cesar á la resistencia y á la revuelta, los nobles gozaban de una independencia casi absoluta. Las ciudades, por su parte, mas numerosas y ricas que en otras partes, tenían grande influencia en las asambleas generales de la nacion, y se servían de ella para combatir, contrariar y aun envilecer la monarquía. Este estado de cosas resultaba de las guerras seculares sostenidas contra los moros: los reyes de España, que no tenían mas fuerza militar que la que les proporcionaban los nobles, ni otros subsidios que los que les daban las ciudades, se veían obligados á atraerse los primeros por privilegios, y ganar á las segundas con franquicias y nuevas libertades. Así las pretensiones de unos y otras no conocieron límites, y llegó el momento en que la autoridad real no debió su salud mas que á la rivalidad de los barones y á las envidias de las ciudades, que hacian en cierto modo el contrapeso, y que permitió á los soberanos conservar algunos restos de poder.

«Pero á medida que los moros, reducidos á mas pequeño espacio y retirados hácia el mar, vieron á las provincias de España arrancadas una á una á su dominacion, y el poder de los barones y de las ciudades debilitarse poco á poco. Por las sucesiones y matrimonios hemos dicho antes que llegaron los reyes á ser dueños del mayor número de provincias, su fuerza se acrecentó, y pensaron en tomar lo que habían dado y en sujetar á sus enemigos inferiores, cuyas pretensiones eran además incompatibles con su autoridad.

El reinado de Fernando é Isabel, que reunieron en sus manos todos los reinos de España, vió el principio de esta revolucion, que continuó hasta Felipe V, del mismo modo que no cesó en Francia hasta Luis XIV.

Para cercenar el poder de la nobleza feudal y para arrancar su parte la monarquía á la tutela, tuvo Fernando necesidad de todas las cualidades eminentes de que estaba dotado; sobre todo tuvo necesidad de un hombre, respetado del pueblo por su virtud y su rango en la Iglesia, que quiso asociarse á su obra, y emprendiera una obra peligrosa, incierta, erizada de innumerables dificultades, y en la que tenía por adversarios no solo á los nobles, á quienes debía herir, sino tambien á las ciudades, que temían tambien por los privilegios que habían adquirido. Este hombre le encontraron los reyes en una soledad religiosa, adonde se había retirado: este hombre era Cisneros.

Jimenez de Cisneros nació en 1437; en esta época, los progresos de la razon y la cultura de las letras, al mismo tiempo que las constituciones políticas mejor apropiadas á las aspiraciones y á las necesidades de los pueblos, habían suavizado singularmente las costumbres, afirmado el orden público, y abierto á las inteligencias mas vastos horizontes. El clero había tenido una gran parte en este trabajo; desde el siglo VII se había defendido valientemente, primero contra la violencia y la persecucion, después contra la ignorancia, que pesó sobre la Europa hasta el principio del siglo XII; por último, contra las atrevidas doctrinas que amenazaron la fé y se armaron contra la unidad de la Iglesia. Había vencido á causa de su misma organizacion, á causa del espíritu que dirigía todos sus actos. «En los negocios eclesiásticos, dice Robertson hablando del gobierno pontificio, todas las máximas de este gobierno eran fijas é invariables. El nuevo pontífice adoptaba y seguía el plan de su antecesor. La educacion y el hábito ejercian tal imperio sobre los eclesiásticos, que el carácter de cada individuo iba, por decirlo así, á perderse en el de su estado, y las pasiones del hombre se sacrificaban siempre al interés y al honor del orden entero. Las manos que tenían las riendas de la administracion podian mudar; pero el espíritu que dirigía los movimientos era siempre el mismo. En tanto que las medidas de los otros gobiernos, siempre fluctuantes, variaban sin cesar en sus principios y en su objeto, la Iglesia dirigía constantemente sus miras hácia un mismo punto; á esta constancia invariable debió el éxito en sus mas atrevidas empresas.»

A fines del siglo XIV se presentaba la reforma en el horizonte; pero la España no se resintió de la agitacion que las doctrinas de Lutero propagaron en Alemania, Francia é Italia: este país había aguzado, si podemos expresarnos así, su fé religiosa en sus largas guerras contra los moros, guerras de

creencia todavía mas que de territorio é independencia: apenas se acababa de echar al mahometismo, y la religion, que había tenido su parte en la lucha, debía tener su parte de triunfo, ó mas bien, á ella sola se refería este triunfo. «Los reyes de España no habían sido mas que instrumentos en manos de Dios.» La nueva doctrina no podía hacer ninguna impresion, y ni aun penetró en ella; y Jimenez, que había dado el último golpe á los moros de Granada, no tuvo que volver sus armas contra otros enemigos de la fé católica. Su genio solo se encontró en presencia de una obra difícil y peligrosa, como hemos dicho: secundado por Fernando, debía extender y fortificar la autoridad real: después de la muerte de este príncipe, debía vencer á la vez el espíritu de revuelta en los nobles y el espíritu de anarquía en los pueblos. Ya veremos cómo cumplió esta doble mision.

(Continuará.)

ESPOSICION DE LONDRES.

TAPIZ POR MM. HENDERSON Y COMPAÑIA.

Los establecimientos de este género en Durham reproducen casi todas las imitaciones de los géneros tomados del extranjero. Pero si imitan los métodos de Venecia y de Bruselas, es preciso reconocer que la fábrica de Durham ha conservado en esta industria cierta autoridad que debe legítimamente á la antigüedad de su institucion, pues data desde el siglo XVII. Después de haber experimentado variaciones sucesivas de prosperidad y de decadencia, conquistó definitivamente en 1813 una importancia que conservará siempre, y cuyo brillo debe á su fundador Mr. Gilberto Henderson.

Esto no obstante, preciso es confesar que nunca olvida la industria inglesa el principio de economía, y que la fabricacion de los tapices ha llegado á ser un arte por esa tendencia á los precios bajos, que es el principio esencial de todos los descubrimientos y de todos los adelantos que aspiran á acreditarse.

No basta, en efecto, resolver la mitad del problema: es preciso resolver tambien la otra mitad: hé aquí el carácter de nuestro siglo. Los ingleses han hecho grandísimos progresos en esta via, y todos cuantos han visitado la Inglaterra saben que los tapices empleados comunmente, tienen unos precios que están al alcance de todas las fortunas.

Anécdotas de la vida de Mozart.

(Conclusion.)

Un dia pues, que estaba enajenado en sus tristes meditaciones, se sintió parar á la puerta de su casa un coche, del que salió un extranjero de edad algo avanzada, al parecer rico, y el cual, aunque nadie le conocía, en ró en la habitacion de Mozart con tono de superioridad, diciendo que venia de parte de un sugeto distinguido á suplicarle se sirviese componer una *misa de requiem* para celebrar el aniversario de la muerte de una persona á quien quería infinito; estas expresiones y el tono misterioso con que las acompañaba, hicieron la mayor impresion en su ánimo. Prometió componer la misa, y fuese el incógnito dejando cien ducados encima de la mesa.

Quedose Mozart como estático, y de allí á un cuarto de hora pidió recado de escribir, y se puso á trabajar con tal ahinco que fué preciso obligarle á toda costa á que saliese en coche á dar un paseo, mas no se pudo lograr hacerle hablar ni salir de sus meditaciones. Se le había fijado tan altamente la idea de que componía la misa de sus propias honras, que no podía desecharla de su cabeza, y así trabajaba en ella del mismo modo que Rafael, penetrado de que su muerte estaba próxima, trabajaba en su cuadro de la *Trasfiguración*.

La clemencia de Tito que compuso en Praga para la coronacion del emperador Leopoldo, le distrajo algun tanto de sus lúgubres cavilaciones: pero no bien hubo llegado á Viena, cuando volvió con mayor actividad que antes á trabajar en la *misa de requiem*. El extranjero le vuelve á visitar; Mozart le espone el motivo porque la obra no está acabada, le promete que lo estará dentro de un mes, y aquel se marcha dejando una cantidad de dinero igual á la primera, pero sin descubrir, aunque se lo rogaron, no solo el nombre del sugeto para quien era la música, pero ni aun el suyo. Mozart mandó á un criado que le siguiese y averiguase donde vivía, mas el criado volvió de allí á poco diciendo que le había perdido de vista. Esto bastó para que creyese que aquel era un hombre del otro mundo, y tal vez el ángel de su muerte. Esta idea, junto con la esperanza de elevar á su memoria un monumento inmortal, exaltó mucho mas su fantasía. Por todo el tiempo que duró este trabajo se le veía caer en continuas congojas y debilitarse infinito, pero lo mismo era recobrar el sentido que emprendía el trabajo con mayor fuerza y ardor. La obra tardó un mes en concluirse, y pasados algunos dias vino el extranjero á buscarla, pero Mozart ya había muerto.

Pensamientos.

Aquella especie de ignorancia que consiste en hacer falsos juicios sobre las cosas, es un defecto que debe graduarse de otro modo que la ignorancia, que consiste simplemente en no saber nada. No es la privacion entera de los conocimientos lo que temerse debe, es el error.

Un error capital cunde con mas facilidad que una verdad fundamental, porque es mas fácil creer que discurrir, y los hombres prefieren los portentos de las novelas á la sencillez de la historia.

La razon y las preocupaciones son dos líneas divergentes que no pueden encontrarse en ninguno de sus puntos.

Una vez que la supersticion ha gangrenado el cerebro, la enfermedad es casi incurable.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, ya no se usa del juicio.

Los conocimientos hacen á los hombres dulces, la razon conduce á la humanidad, y las preocupaciones solas hacen que se renuncie á ella.



El artista y el labriego.

—Calla, y pintarraja V. asi todo el dia de Dios?
 —Si, amigo, todo el dia y todos los dias.
 —Qué oficios hay tan tontos y tan materiales!...



Los dos sistemas.

—Nada, V. pensará ó por la homeopatía ó por la alopatía, elija V. y decídase.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PIAFORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Amadrea, Jacometrezo, 26.